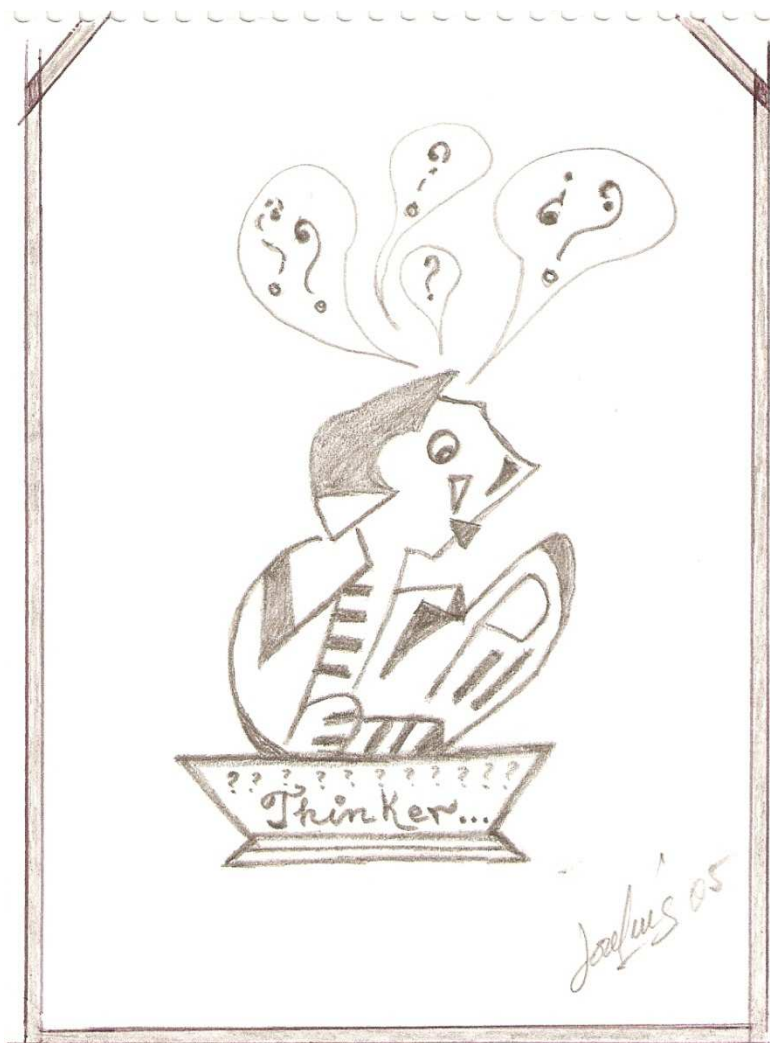


# ¡Fabulando, que es gerundio!

*Cóctel de cuentos, fantasías, sueños y realidades  
con un toque de relatos e historias irreales*



*José Luis Sánchez Escribano*



## *Fabulando que es gerundio*

Contar, narrar, relatar, referir..., pero, sobre todo,  
inventar, soñar, especular, investigar, imaginar, alucinar, fabular...

Las historias que nos montamos mentalmente (unos los llaman “pajas mentales” y otros “pollos”) a veces resultan muy instructivos.

Pues, en cualquier caso y sean como sean, desarrollan nuestra capacidad cognitiva y nos echan una mano en ese proceso evolutivo sin fin al que estamos sometidos.

Así que, contemos, relatemos y narremos, que buen provecho de ello haremos.

**José Luís Sánchez Escribano**



Primera edición: noviembre de 2012

Diseño y ©: [www.joelius.com](http://www.joelius.com)

© José Luís Sánchez Escribano

*Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid (M-2012/31421/12-2)*

## Índice

	Página
Introducción. . . . .	3
Parte I.- Verdad y realidad, dos conceptos engañosos	
1.- Don't worry be happy . . . . .	4
2.- De los sueños... a la realidad. Sólo ante el peligro. . . . .	7
3.- De los sueños... a la realidad. La hormiga voladora . . . . .	8
Parte II.- Mis cuentos... ¿son realmente sólo cuentos?	
1.- El perro y el árbol . . . . .	9
2.- La hormiga patinete . . . . .	10
3.- El señor Malacara . . . . .	11
4.- El cumpleaños de la ardilla . . . . .	13
5.- Robinson . . . . .	17
6.- La saga de los pinochettes . . . . .	19
Parte III.- Relatos que parecen cuentos ¿Lo son?	
1.- El tío Antonio . . . . .	22
2.- ¡Ni éste es mi sitio, ni ésta soy yo! . . . . .	33
3.- La siesta, la hora bruja . . . . .	36
Parte IV.- Historias de verdad, verdaderas	
1.- ¡Malditos zapatos nuevos! . . . . .	44
2.- El color de la piel . . . . .	49
3.- Esto es un cuento que cuenta, cuántos cuentos nos cuentan . . . . .	51

## Introducción

¿Cuál es la diferencia entre cuento y relato?

¿O entre historia, narración, informe o fábula?

Sí, ya sé que existen diferencias entre unos y otros y solo hay que leer las definiciones que nos da el diccionario para conocerlas. Pero, en verdad, son tan leves que en algunos casos es difícil discernir a qué apartado pertenecen algunos trabajos. Esto es lo que se preguntan y responden los personajes de uno de estos trabajos que aquí se incluyen, El Tío Antonio, que en un momento dado dicen:

*“Mira marinero, un relato es eso, una historia verdadera o por lo menos debería de serlo. Pero... o yo mucho me equivoco o realmente la línea que separa el cuento del relato y éste de la narración o la novela es tan débil, tan estrecha, que muchas veces se confunde. Y, en cualquier caso, verdad o fábula ¿Qué más da? Lo importante es su contenido, lo que nos muestra.”*

Pues bien, yo estoy muy de acuerdo con lo que nos dice este personaje y no sólo porque lo haya escrito yo. Y es que casi siempre metemos en nuestros trabajos literarios parte de nosotros mismos, de nuestras vivencias y de nuestros conocimientos que, al fin y al cabo, son todos reales, aunque nos permitamos esa licencia literaria que todo escritor tiene para florear dichos trabajos, para llenarlos de imaginación puesto que, si se me permite decirlo sin añadir más datos, la imaginación no es sino una parte más de nosotros mismos, de nuestra realidad.

Así son las cosas. Lo absoluto y relativo se da en todas las facetas de la vida, en cualquier cosa o caso que analicemos y así ocurre también con la literatura. Todo es absoluto y todo relativo al mismo tiempo. Lo real y lo imaginario van de la mano.

Vayamos, pues, con una serie de relatos, o cuentos, o historias, o fábulas, o narraciones, o como ustedes quieran llamarle. O si lo prefieren, les invito a un cóctel de fantasías, sueños y realidad con un toque de cuento, una pizca de relato y unos gramos de historias, reales o imaginadas.

El autor

## Parte I

### Verdad y realidad, dos conceptos a veces engañosos

¡Con qué facilidad se confunden muchas veces los términos verdad y realidad!  
¡Cuántas veces nos quedamos pensando en algo sin tener claro si sucedió en realidad o lo hemos soñado! Y según avanzamos en edad, ya nos tenemos nada claro, contamos historias como verdaderas cuando en realidad no son nada más que información recibida, o damos por ciertas determinadas cosas sin que tengamos ni idea si es así.  
En fin, a veces la memoria falla o tienen mal el registro.

#### 1.- **Don't worry, be happy**

La realidad se impone incluso por encima de la verdad. Esto es cierto y puedo atestiguarlo. Y no es que la verdad no sea una realidad, si no que a veces la realidad nos supera hasta el punto de no saber si las cosas que realmente pasan, son cosas que nos pasan, que nos traspasan o de las que pasamos. A veces no sabemos si lo que vivimos tiene que ver con la ciencia, la conciencia, la inconsciencia, o la incontinencia. A mí a menudo me ocurren cosas que no sé si en realidad las vivo o las sueño. Las vivo con tanto realismo aún soñando, que es que llego casi hasta mearme en la cama cual si fuera un bebé, si la vivencia es la meada, claro está. No he llegado a ello, pero casi.

¿Y a qué viene todo esto, se preguntarán ustedes? Pues viene a cuento de lo que me pasó el otro día. Les cuento.

Caminaba yo hacia el trabajo, viento en popa y a toda vela cantando “*don't worry, be happy*”, con una idea fija: encontrar un buen argumento para que mi jefe me suba el sueldo. Estaba en esto, cuando en el paso de peatones que cruza la calle *No me pises que llevo chancas*, esquina a la calle *Lo que el viento se llevó*, apareció justo en la parte opuesta a la mía, en la otra acera, el tío *Gilito* acompañado del *Capitán Trueno*.

Discutían sobre si las rayas del *paso de cebra* tenían que ser horizontales o verticales, pues teniendo en cuenta la naturaleza que imitaban no parecía quedar claro. O no se ponían de acuerdo. Casualmente pasó por allí *Conan el Bárbaro* con su última conquista, *Bambi*. Preguntados sobre el tema, dijeron tener el tiempo justo para coger el autobús de las siete y necesitaban prepararse para ello, pues se disponían a ir a las *Alpujarras manchegas* a la fiesta del *melón con jamón*.

Y yo quise intervenir, cantando “*don't worry, be happy*” pero se me adelantó *Tarzán* que salía de una *cloaca callejera*, para decir que él lo sabía, puesto que estuvo de relaciones con una *cebra* que tenía las rayas *en bandolera*. Se agrió la discusión y apareció *Adamo*, lo que nos dejó a todos boquiabiertos porque decía, además, que *quería que le comiera el tigre*. Por alusiones se presentó *Carpanta* en su *Rolls-Royce*, comiéndose un bocata de *calamares en su tinta*, pero sin tinta, y sentenció:

*Agua que no has de beber, déjala correr*

Todo el mundo aplaudió la genialidad y yo, contento con el argumento, empecé a cantar nuevamente *“don’t worry, be happy”*. Cuando ya se daba por concluido el debate apareció *James Bond* diciendo que prefería una *pinta*, aunque no fuera *niña*, que a *Santa María*. Salieron como fieras los *hermanos Pinzones* pues creían que les estaban tocando los... cascabeles y propusieron que la canción del día fuera *Paquito el chocolatero*. Todos cantaron y bailaron y se comieron los primeros churros que salían de la sartén del barco Churrero que pasaba por la *esquina del capricho*, circulando a velocidad variable en dirección *al norte del sur* ya que al *oeste* no se podía ir por el *este*. Esa ruta estaba ocupada por el ese.

Con estos sabios argumentos y como el semáforo seguía estando en color violeta, todo el mundo aprovechó para cambiarse de chaqueta en las rebajas del *Corte de la Manga*, donde las *Tres Hermanas* y trescientas esclavas sudaban la gota gorda mientras que los tres cerditos se hinchaban de panchitos. Al tiempo todos cantaban *“don’t worry, be happy”* con jolgorio, siguiendo mis indicaciones.

Pero corría el tiempo y mis argumentos y las rayas seguían sin cambiar de dirección y, ya se sabe, es de mala educación cruzarlas en horizontal pues ya lo sentenció *Rompetechos*:

*El día que yo me muera que me quiten lo bailao.*

Y mirándolo bien, tenía razón. Y si lo miras mal, pues también.

El caso es que en la entrevista que finalmente se le hizo a la *gallina turuleca* en el programa cultural del *canal TV del Cachondeo*, ésta respondió muy locuazmente:

*Qué culpa tiene el tomate que está tranquilo en su mata  
que venga un hijo de puta y lo meta en una lata y lo mande pa Caracas.*

Pues eso. Y con respecto a si el huevo fue antes o no que la gallina, dijo que no le habían pagado lo suficiente para desvelar semejante chorrada.

Yo aprehendí los últimos argumentos que me brindaban las masas, pues los necesitaba. Y al ritmo de *“don’t worry, be happy”* finalizó el desfile de moda que organiza el Ayuntamiento excelente o excedente, no recuerdo, para aliviar los atascos de tráfico, con las excelsas modelos *doña Urraca*, *mamá coneja* y *chati osa*. Se le metió mano a la paella con gran alborozo para las *almejas cachondas*, *las gambas afiladas* y *los mejillones de los cojones* que se revolcaban por el arroz. Como representante policial estaba el *chorizo de cantimpalo* y un perro sin rabo. *Superman* llegó tarde, como siempre, pues ya solo quedaban *azucarillos* y *aguardiente*.

Queda claro, pues: dos son dos y seis media docena. Y si me apuran, doce, una docena.

Hacía tiempo que llovía en horizontal, pero nadie se había percatado. Y digo más aún, de allí nadie se movía. Las ramas de los árboles cantaban el *Kirieleisón* mientras el *torito del Fari* se asomaba al balcón, donde solía poner los cuernos el muy cabrón. *Heidi* llegó con caramelos de cagarrutas de cabra loca muy solicitadas pero que nadie comió, mientras que *Pedro* ligaba con el *león de la Metro Goldyn Mayer*. Llegados a éste punto la *Sota de Bastos* propuso que *Espinete* condujera el patinete, sin atender las propuestas que le hacían los de *Alpedrete*. La *vaca lechera* asintió mientras que *Piolín* se calzaba las espuelas cual *llanero solitario* y se fue a arengar a los caballeros del *Rey Arturo* diciéndoles:

*Una vieja y un viejo van pa Albacete.  
Van pa Albacete, una vieja y un viejo van pa Albacete  
y en mitad del camino va y se la mete...*

Las tropas enardecidas arrasaron con los canapés de caviar que habían dejado sin vigilancia *Los siete enanitos*. Los de mortadela al verse así, se comieron los pinchos de tortilla y un pan de aceitunas y se fueron a cantarle *clavelitos* a las sardinas en escabeche.

Cuando *Hable con Ella*, dígale que *verde que te quiero verde* no sea que nos tengamos que ver las caras en *crónicas murcianas*. ¡Qué buen argumento! ¡Y un bocata de pimientos! Claro que si *Robin Hood* no se hubiera comido la manzana ni la calabaza de la *Cenicienta* caducara a las doce, tal vez *Popeye* le hubiera dado por el conejo al ajillo aunque parece ser que *Bugs Bunny* no está de acuerdo y por eso usa *Carros de Fuego* para hacer *la Guerra de las Galaxias* en lo que parece ser *La Historia Interminable*.

*Interminable* era para mí la espera y aunque con buenos argumentos para convencer a mi jefe de que me subiera el sueldo, ¿llegaría tarde y éste me pondría de patitas en la calle?

¡Calle!, ¡calle!, que ya están aquí los pintores de Cebras, *los hermanos Marx*. Aunque es tarde y deciden dejar el trabajo para otro día. Ante este hecho, todo el mundo desapareció ipso facto.

Y yo, entre tanto pasmo y cargado de argumentos pero *Solo ante el Peligro*, le dije al semáforo: *Tócamela otra vez, Sam*. Y me obsequió con una versión hip hop de “*don’t worry, be happy*” que bailó hasta *el perro del hortelano*.

Así que me volví a casa cantando *mañana, mañana...*  
¿Mañana? Mañana le diré al jefe que he sufrido un *trastorno mental transitorio*.  
¡La subida de sueldo puede esperar! ¡No hay prisa! Soy joven. Tengo tiempo.

¡Esto,... esto es todo, amigos!

## 2.- De los sueños... (Solo ante el peligro)

Iba yo tranquilamente de vuelta a casa después del rollo del cole, después de que hoy el profe don Pitufu como le llamamos, hubiera tenido un día tonto, vamos de esos que parece que su mujer no le había dejado dormir en toda la noche y, claro, lo pagó con nosotros: ¡Callaos! Gritaba el buen Pitufu. ¡No quiero oír ni una mosca! ... (¿) Nunca he entendido lo que le habrían hecho las pobres moscas al profe, pero... Ni tampoco lo que le hacía su mujer para no dejarle dormir así que...

Bueno a lo que iba, que volvía yo del cole a casa, cuando vi que unos malos, escondiéndose y mirando para todos lados, entraban en mi casa. Yo, que me temía lo peor, porque igual iban a robar dinero, o los cuadros, o los muebles ¡qué sé yo!, pero ¿y si iban a robar era mi consola de juegos? ¡Ah no! ¡Eso no lo íbamos a consentir!

¿Dije íbamos? Como ocurre en estos casos, no había nadie más en mi casa. Mi padre, claro, volvía tarde de trabajar o lo que estuviera haciendo y mi madre pues..., estaría de compras, al menos eso es lo que ella dice cuando está por ahí.

Entonces, ¿estaba yo sólo frente al peligro? Pues así era. Eché mano de mi tirachinas y de la espada de madera con la que jugaba en el recreo con mi amigo Pipe, y avancé dispuesto a poner en fuga a aquellos malandrines cual si fuera un tal Quijote (algo he leído de ése tal Quijote) o, vete tú a saber, cuál Rambo en su selva haciendo el bestia.

En esto comenzó a llover y en un momento aquello parecía el diluvio, con un fuerte viento que no me dejaba avanzar y llegar hasta la casa (¿sería caguitis?). Y el agua cada vez subía más y más de nivel, cubriendo las calles y formando arroyuelos ¡qué digo arroyuelos!, ríos auténticos, casi mares u océanos, pues hasta los coches empezaban a moverse cuál si fueran barcos, -¡anda!- y hasta las casas parecían impresionantes trasatlánticos moviéndose por aquel océano bravo e impetuoso, sin rumbo. Y yo paralizado como un gilipollas, sin poder avanzar, porque cada vez se alejaba más mi casa y aquellos cretinos que querían robar mi consola seguían a lo suyo pues parece que a ellos no les afectaba el diluvio ¡Serían malos los muy cabroncetes!

Pero entonces ocurrió que...

**...a la realidad.**

...me desperté y en realidad lo que había ocurrido era... ¡que me había hecho “pis” en la cama. ¡¡Uf que alivio!!



### 3.- De los sueños... (la hormiga voladora)

Soñé que era una hormiga voladora y que me elevaba por encima de las casas y de los árboles planeando cuál si fuera un águila majestuosa.

La visión que yo tenía desde arriba, como hormiga, era fantástica: campos arbolados; inmensos trigales verdes; un precioso y límpido río con niños en su orilla jugando con sus cochecitos; una preciosa casa con diversas dependencias y un perro corriendo que, al parecer, seguía el curso de mi vuelo, saludándome amigablemente.

El paisaje y la perspectiva que tenía mi personaje desde allá arriba era de auténtico disfrute, ya que éste no apreciaba otra cosa que espléndidas extensiones verdes que hacían juego con el marrón de la tierra y los cursos azulados de aguas claras, todo ello salpicado de los colores florales de las amapolas, retamas, malvas, lavandas,...

Pero...

**...a la realidad.**

...a veces se confundía mi *yo hormiga* con mi *yo persona* y entonces la visión que tenía era muy diferente.

La preciosa casa era un grupo de parcelas irregulares todas ellas rodeadas por un vallado metálico que hacía rechinar las estampas campestres; el río de limpio no tenía nada ya que bajaba el agua muy turbia sin apenas vida en su interior y a lo largo de todo su curso se apilaban por doquier latas, plásticos y demás desechos con los que los seres civilizados ¿civilizados? lo vamos sembrando. Y lo que le parecían niños jugando al *yo hormiga*, era un grupo de trabajadores con sus máquinas excavadoras y camiones de gran tonelaje que, día tras día, van quitando miles y miles de m<sup>3</sup>. de grava y arena, alterando la naturaleza de forma irreparable en extensas zonas; los árboles sí, había algunos sanos, pero en su mayoría tenían desgarrros secos en su distinguido porte así como troncos y ramas secas por todos lados; y el perro que sí seguía mi vuelo era en realidad un perro guardián, defensivo, amenazándome para que no bajara, para que no me acercara a su territorio.

En fin, cuando uno se acerca a los pequeños detalles de las cosas de la vida, éstos nos presentan un panorama muy diferente a lo que de una forma global, superficial o distanciada nos parece.

Y, desde luego, no siempre es para mejor. A veces es desolador.

## Parte II

### Mis cuentos... ¿realmente son solo cuentos?

He aquí algunos cuentos que en principio iban para niños pero que en algún momento de su historia o en algunos casos se me fue la pluma (la sexual no, la otra) y acabé escribiendo en términos poco recomendables para los menores.

#### 1.- El perro y el árbol

Dijo el perro al árbol:

¿Quieres que te riegue con mi orina y así tendrás alimento para tus raíces y yo señalaré que tú estás en mi territorio, porque éste es mi territorio, no sé si lo sabes?

A lo que le contestó el árbol:

Eres muy amable al preguntarme, perro, pero tú sabes bien que no me gusta que me mees y que tu orina no me alimenta y sí me hace daño. Pero también sabes que aunque yo proteste tú puedes y harás lo que quieras, porque yo no puedo impedirte. Así que mea de una puñetera vez y ¡lárgate!, perro presumido.

No había terminado de hablar el árbol cuando el perro ya le había echado una meada y se marchaba tan contento, moviendo el rabito como si estuviera burlándose del pobre árbol.

Y es que ¿porqué no le prepararemos los hombres unos servicios a los perros para que no tengan que mear en los árboles? Se podía hacer colocando en algunos sitios troncos artificiales, como si fueran árboles, para que los perros pudieran mear y cagar a gusto. Y con ello evitaríamos las muchas cagadas que nos dejan en la calle por la actitud irrespetuosa e incívica de sus guarros dueños.

Y lo del territorio pues... ¿para qué quiere un perro saber cuál es su territorio? Pues parece que quiera que sea suyo todo lugar por dónde pasa y eso no es posible. Además, si los perros no saben leer ni escribir, ni tienen dinero ¿para qué quieren un territorio? Si no pueden venderlo, ni cambiarlo, ni sembrar nada, ni siquiera árboles que tanto les gustan, ni hacerse una casa ¿para qué lo quieren? ¿No será que se han adaptado tanto al hombre que le imitan en todo, hasta en la avaricia del poseer más que el vecino?

En fin, ¡hagámosles servicios a los perros! y que dejen en paz a los pobres árboles.

Pero..., dicho todo esto y con el debido respeto a los animales (y no olvidemos que los hombres también lo somos y, quizá, los que más animaladas cometemos) ¿Por qué el que tiene el poder, sea éste el que sea, tiene que abusar de los indefensos, de los más débiles, que es lo que desgraciadamente suele ocurrir casi siempre? Quizá la respuesta esté en eso, en que somos más que animales, irrespetuosos, violentos y egoístas animales predadores.

## 2.- La hormiga patinete

Había una vez una hormiguita que aunque comiera poco, ella engordaba mucho. Bueno en realidad comía mucho, lo que ocurre es que ella decía ¡pero si sólo he picado cuatro cositas! Y, claro, se le fue poniendo una barriguita cada vez más gorda y más y más, tanto que ya sus pobres y delicadas patitas se doblaban con el peso de la barrigota.

Entonces sus papás fueron a ver al Sr. Hormigón, que era el más anciano del hormiguero y por eso sabía más cosas y le contaron lo que le pasaba a su hijita.

Y el Sr. Hormigón, dijo: ¡Traedme aquí a la hormiguita!, que yo la vea. Y mientras tanto, el Sr. Hormigón pensó en cómo solucionar el problema.

Y así fue como los papás volvieron a su casa a por su hijita y ayudándola – el padre a un lado, la madre al otro y su hermano mayor que iba empujándola – la llevaron a casa del Sr. Hormigón.

¡Aquí estamos!, dijo papá Hormigo, cuando llegaron a casa del Sr. Hormigón.

¡Pues bien!, amigos, ¡ya he encontrado la solución!, dijo muy ufano el Sr. Hormigón creyéndose ser el más listo del barrio.

Veréis, esto es lo que hay que hacer, dijo. Vamos a coger una tabla que sea igual de grande que la barriguita de la Srta. Hormiga y le vamos a poner cuatro ruedas. Así lo hicieron entre todos y cuando estuvo lista la tabla, dijo: Y ahora, ayudadme a subir a la Srta. Hormiga encima de la tabla.

Con mucho esfuerzo consiguieron subir a la hormiguita encima de la tabla. Y entonces dijo el Sr. Hormigón a los padres y al hermano de la pequeña:

Veis, ahora sólo tiene que mover las patitas para empujar y las ruedas se deslizarán suavemente llevándola dónde ella quiera sin esfuerzo y sin que nadie tenga que ayudarla, ya que todo el peso lo aguanta la tabla.

¡OH! ¡Qué contentos estamos!, dijeron los papás. Pero ¿díganos Sr. Hormigón? Y ésta tabla rodante que, sin duda, usted con su sabiduría ha inventado ¿cómo se llama?

Pues... esto... bueno...no le he puesto nombre todavía, dijo algo confuso el Sr. Hormigón, pero la vamos a llamar... esto,... eh... ¡sí!, ¡ya está!, se llamará patinete, así es como se va a llamar a esta tabla con ruedas, acertó por fin el Sr. Hormigón a decir.

Y así es, queridos amiguitos, ya veis que el patinete lo inventó una hormiga y no los hombres que, como siempre, creen que ellos son los que lo inventan todo.

***Y colorín colorado, este cuento todavía no ha terminado.***

Porque ¡Cuántas enseñanzas nos dan cada día con su comportamiento los animales! Si bien es verdad, que su observación nos resulta placentera las más de las veces, también nos inspira y sirve para inventar y crear cosas útiles, pues solo tenemos que aplicar nuestro toque inteligente para mejorar y utilizar sus formas de hacer las cosas, su comportamiento en la naturaleza. De ahí han salido multitud de inventos humanos. Ellos son los inspiradores, no nos quepa duda.

Lo que no hemos sido capaces de hacer es imitarles en su forma de vivir. Así, el problema del sobrepeso, de la obesidad lo arreglamos inventando un aparato que nos ayude, en vez de comer solo lo necesario y hacer el ejercicio conveniente para mantenernos en forma. Los animales, por mucha comida que tengan a su alcance, solo comen lo que necesitan, nada más (aunque hay algunas excepciones, como en toda regla). En fin, dejémoslo aquí.

### 3.- El señor Malacara

Me llamo Juanito y vivo en un pueblo que tiene muchas casas y mucha gente. Yo no lo sé muy bien pero dicen que mi pueblo se llama ciudad. Será así.

Pero a lo que iba, que os quiero contar lo que nos pasó a mi amigo Joaqui y a mí con el señor Malacara.

Bueno, el señor Malacara es un hombre que pasaba todos los días por la calle dónde jugábamos Joaqui y yo, aunque algunas veces también estaba Fifa que es una vecina un poco pija, muy bien vestidita, con unos lazos y... ¡vaya! un poco tontita para jugar con niños me parece a mí.

Pues este señor Malacara, como nosotros le llamábamos, iba siempre con un bastón en la mano y andando despacio mirando para todos lados, como si estuviera buscando algo y, la verdad, su cara daba susto. Nosotros, siempre que le veíamos venir dejábamos de jugar para ver lo que hacía. Y él seguía andando con su bastón y aquella cara como si estuviera enfadado, o le doliera la tripa, o es que era la cara de un hombre malo que quería hacernos daño.

Así que nos poníamos detrás de la esquina, o agachados entre las plantas del jardín para que no nos viera y así estábamos hasta que pasaba.

Pero un día, estábamos jugando tan entusiasmados a las chapas que no nos dimos cuenta de que llegaba. También estaba Fifa ese día, que ella decía que el señor Malacara iba así porque estaba esperando a una señora con una guadaña para que se lo llevara a no sé dónde. Yo, la verdad, tampoco sé quien sería la señora de la guadaña.

Pues como decía, ese día no nos dimos cuenta de que llegaba y se nos acercó y... ¡Dios mío!, el Sr. Malacara, dijimos con una voz que casi no nos salió de la garganta y nos quedamos sentados en el suelo cagaditos de miedo.

¡Hola pequeños!, nos saludó el señor Malacara ¿a qué jugáis?

Nosotros, pues... a las chapas, dijimos temblando de miedo.

Pero el señor Malacara que se dio cuenta de que estábamos cagaditos de miedo se echó a reír y nos dijo: No os asustéis, chavales, que no os voy a quitar las chapas ni os voy a hacer nada. Pero bueno, si queréis me voy. Lo que ocurre es que os he querido saludar porque yo tengo un hijo que es así como vosotros, de vuestra edad, y está enfermito desde pequeño y casi siempre metido en la cama o sentado en una silla sin moverse y al veros a vosotros tan contentos y alegres jugando me he acercado para ver si aprendo a qué jugáis y así poder yo enseñarle el juego a mi hijito para que se entretenga. Pero ya os digo, si os asusta que os mire, me voy.

Entonces yo entendí – todos nosotros comprendimos – que el señor Malacara lo que estaba es triste por su hijo y por eso tenía tan mala cara, pero que no era malo. Además, mirándolo así de cerca, parece que tenía una cara más normal, vamos que no era tan feo, era como la mayoría de los hombres. ¡Y nosotros que habíamos pensado cosas terribles!

El señor Malacara empezó a marcharse, como siempre, despacio con su bastón y su mirada triste y amarga...

Entonces, yo me levanté y aunque todavía no se me había quitado todo el miedo, dije: señor..., señor Malacara..., perdón, señor... Puede quedarse a mirar si quiere aprender a jugar a las chapas ¡No nos importa!

Gracias chicos, dijo el señor Malacara volviéndose. Veréis, yo me llamo Juan Pérez y mi hijo se llama Juanito y vivimos cerca de aquí y... ¡gracias por dejar que os mire!

Bueno señor Juan y si quiere usted, mejor vamos nosotros a su casa, si nos dejan nuestros padres, a enseñar a su hijo como se juega, me atreví a decir yo que para entonces ya le estaba cogiendo simpatía al señor Malacara, digo, al señor Juan.

¡Esa es una idea estupenda!, dijo el señor Juan muy contento y con una cara feliz. Pedidle permiso a vuestros padres, sí, que yo os preparo una buena merienda para todos en mi casa y ¡seguro que os lo pasaréis bien jugando con mi Juanito!

Y así es como desde aquel día tenemos un nuevo amigo, Juanito, que no puede andar porque está malito y por eso vamos nosotros a su casa a jugar un rato todos los días con él cuando salimos del cole y además de jugar, le ayudamos con los deberes. Y es un amigo estupendo este Juanito.

Además el señor Malacara, bueno, el señor Juan, también es un hombre muy agradable y su mujer más todavía y ya no nos da miedo ver y hablar con el señor Juan que es una persona como otra cualquiera, con sus cosas buenas y sus defectillos.

Lo que ocurre es que antes como no le conocíamos, nos daba miedo y pensábamos cosas raras, Pero ya veis, cuando se conoce a las personas, se sabe de verdad cómo son. No se puede, o no se debe, juzgar a nadie sólo por sus apariencias.

#### 4.- El cumpleaños de la ardilla

Ding, dong, ding, dong.

- Buenos días, señor cartero.
- Buenos días señorita ardilla. Aquí tiene, una carta que viene de muy lejos.
- ¿Una carta para mí? ¿De quién será? A ver, a ver... ¡Uy! ¡Qué bien! Es de mi prima Eldemira, que vive en la Pampa Argentina. Bueno, muchas gracias señor búho.
- Pero mi querida Ardillita Fernandina ¿Es que no me vas a contar lo que dice tú prima de aquellos mundos? Si no salimos nunca de este parque nacional de doña Ana ¿cómo vamos a saber del mundo que nos rodea si no es por el correo?
- Bueno, bueno. No se ponga así señor búho. Pero que cotilla es. Bueno, vale, vamos a ver qué dice. Humm, hum, hum, dice... ¡qué bien! Que me invita a su cumpleaños. Ella cumple ya nueve años ¿lo sabía? Usted que va a saber si usted no sabe nada, bueno, que me invita y que vamos a celebrar una gran fiesta con muchos amigos y mucha comida y hasta me puede salir novio, me dice, OH la, la, pero que vaya pronto y que vaya... ¿¡que vaya, valla! de agua eso sí. ¿Pero cómo voy yo a ir a la Pampa? ¿Es que se cree que está aquí al lado? ¿Y que no me diga que vaya de árbol en árbol porque en el gran charco atlántico, no hay árboles? Muaaaa ¡que desgraciada soy! No voy a poder ir al cumpleaños de mi prima Eldemira.
- Esto..., mira, mira, Fernandina. No llores, que soy muy sensible. Primero vamos a analizar la situación. ¿No cruzaron en el pasado otros continentes nuestros antepasados, salvando distancias, mares, hielos y demás obstáculos naturales? Pues tú también podrás hacerlo. Ya encontraremos la fórmula. Así que no te desanimes. Lo primero que vamos a hacer es celebrar una asamblea en el barrio para ver qué pueden aportar los vecinos, ya sea en ideas, medios materiales u otra ayuda. Y así tú vas a las Américas y nos traes noticias frescas de aquellas tierras ¿vale? Tú déjalo de mi cuenta, que yo me ocupo.
- Gracias, señor cartero, digo Búho, digo tío búho que eres lo más bueno del barrio.
- Ya, ya, déjate de zalamerías, que me voy a organizar las cosas.

Tarari, tarari, ti, ti, ti. ¡Atención vecinos! Reunión urgente en la plaza del parque, bajo el centenario Pino Piñonero, para tratar de un asunto de mucha importancia: el viaje inminente de nuestra vecina, la ardilla Eldemira, a la Pampa Argentina, allá en las Américas. He dicho.

Como no podía ser de otra forma, todos los vecinos del parque fueron llegando y murmurando sobre las prisas de la convocatoria y sobre qué era eso de irse a las Américas.

Allí estaban ya el águila, fumando su puro como siempre. El burro Perico que no le había dado tiempo a desayunarse un par de huevos fritos con beicon, cual su costumbre. La maestra de escuela, la señora serpiente. La escandalosa tortuga que llegó

con su motor fuera borda. La señora cigüeña, con su escote despampanante. El ratón campero con su nuevo ligue, la rata de agua. La señora coneja recién divorciada de su segundo marido, por culpa de los celos, los de su marido, no los de ella, pues él decía que estaba harto de trabajar para tanta prole y que más de la mitad, no eran suyos. Cosas de conejas. O la gallina piruleca que le pasaba lo mismo: divorciada ya seis veces por los celos del gallo que decía que se lo hacía cual gallina ¿cómo si no?, decía ella. En fin, también estaba el zorro fisgón, amante del ajedrez; la corneja cotilla, que hacía muy ricas paellas; bueno, la corneja hacía pa'ellas y pa'ellos, que las hacía para todos y decía que eran como las lentejas, que el que las quiere las toma y el que no las deja. El vago del grajo que por no trabajar se había hecho asesor de empresas. La vaca lechera, borracha como siempre, porque ya desde que se levantaba (no muy temprano, por cierto) se pegaba dos lingotazos de anís que se quedaba como nueva, o sea, vieja. Y por no hablar del caballo, el traficante del barrio, que traficaba con el caballo que no veas; o el ciempiés, tan lento como siempre por los enredos que se hacía al andar. O sea, que estaban todos, incluido el búho cartero y nuestra aspirante a viajera, la ardilla Eldemira. Una vez cesados los murmullos de la concurrencia, habló el búho:

Habéis de saber, amigos, que a nuestra vecina la ardilla Eldemira, la ha invitado a una gran fiesta de cumpleaños su prima Fernandina, de la Pampa Argentina. Si estuviéramos en los tiempos de Pangea o, incluso sin ir tan lejos, en los que los árboles dominaban la tierra, ella podría ir de rama en rama, dando un pequeño rodeo por las costas africanas y aprovechando para darse un bañito en las islas Canarias. Pero ya sabéis que el fuego y las máquinas movidos por la mano del hombre han ido dejando la tierra más limpia que la calva de un tal Constantino que se acompaña de Romero. O sea, que hay que buscar la forma o medio para que ella pueda cruzar el charco sin riesgos y que nadie haga chistes diciendo que vuele, porque ya sabéis que ella no puede volar. A lo sumo, puede volar tres metros y darse un tortazo al final. Pero el océano tiene muchos más metros y son de agua salada. Y tampoco sabe nadar, por si hay algún otro chistoso en la sala, digo en la plaza, al que se le pueda ocurrir decir semejante chorrada.

- Yo puedo llevarla por un precio económico, se adelantó a decir el buitre, que fue uno de los últimos en llegar ya que en ponerse el traje y acicalarse tardaba más de una hora y media.
- ¿Pero cómo que un precio económico?, dijo el sastre, el señor ruiseñor. Si todo el mundo sabe que la ardilla no tiene un duro, vamos que a mí me debe ya por lo menos tres trajes. Y usted también, señor buitre, que a ver cuando me paga el último, que también empieza a demorarse más de la cuenta. Que como siga así la cosa voy a enviar al tío del frac a todos los putos deudores, que ya me tenéis hasta los cataplínes.
- Que vaya a nado, dijo la serpiente. Es lo más inteligente. Y si no sabe nadar, que aprenda.
- Y porqué no hace autostop como todo el mundo, dijo el burro Perico, que por fin se había terminado el desayuno.

- Yo creo que lo mejor es planear, o sea, no planear de volar sino planear bien las escalas, puertos, buques, aviones, etc., hasta llegar a su destino. Y para eso nada mejor que ir a una agencia de viajes, o sea la mía por ejemplo, dijo el Palomo viajero.
- Pues lo de planear puede estar bien, dijo el águila, al tiempo que soltaba una bocanada de humo de su apestoso puro. Yo, por ejemplo, me tumbo allá arriba en el aire y me dejo llevar sin esfuerzo. Eso sí, a veces termino en la Conchinchina.
- ...

La discusión duró largo tiempo y la única que tuvo una oferta generosa fue la señora tortuga: se ofreció a llevarla al otro lado, unas veces sobre su concha y otras sobre su barriga poniendo la concha a navegar por sí sola, ya que ella necesitaba descanso de vez en cuando, dijo. Claro lo que no dijo es que le gustaba que le rascaran la barriga y por eso lo hacía, amén de que quería ir a ajustar unas cuentecitas que tenía pendientes con parientes que vivían en las islas galápagos y así de paso, mataba dos pájaros de un tiro. Bueno, no, no eran pájaros con los que tenía cuentas pendientes, aunque sí que eran unos pájaros de cuenta.

Y hablando de pájaros, el traficante señor caballo se ofreció a pagar todos los gastos si a la vuelta le traía cierto encarguillo que le iba a hacer. Encarguillo lo llamaba, el muy pillo, a traerle un buen paquete de caballillo.

En fin, la cosa se iba calentando y no quedaba claro cuál sería la solución más acertada. Y a la pobrecita ardilla cada vez se la veía más triste y desanimada. Hasta que como siempre ocurre en estos casos, alguien no muy interesado en el tema tuvo la feliz y recurrente idea: Crear un comité ad hoc (tal y como se suele hacerse en política) para determinar lo que de forma determinante hubiera que determinar en relación con la determinación de la ardilla de terminar cantando el happy birth day to you en casa de su prima Fernandina. Eso sí, sin prisas. Si no llegaba éste año y lo hacía para el próximo, pues daba igual. Y si tardaba más o no iba nunca, un comité siempre viene bien.

Los elegidos para el comité fueron: La señora tortuga, por generosa; el señor caballo, por ofrecer los medios necesarios y el Palomo viajero, como experto en organizar viajes. Y en este caso decidieron rápido.

Después de varias cabezadas de análisis y por unanimidad decidieron lo siguiente: Que irían acompañando a la señorita ardilla y la llevarían por turnos la señora tortuga y el señor palomo, unas veces en vuelo y otras navegando, para no cansarse en el viaje. Eso sí, el señor caballo recibiría a cambio de costear tan fabuloso viaje, pues era el que financiaba el evento, un costal de caballo de la pampa (quizá quiso decir de avena, no sé), ya que según él era el mejor manjar que había en aquella tierra y que le entregarían unos tal “hermanos Dalton”. Todos estuvieron de acuerdo con la decisión y se hicieron rápidamente los preparativos para el viaje.

Pero ¡ay!, ¡que dolor!, cuando el Palomo viajero requirió a la ardilla su pasaporte para los datos pertinentes, esta dijo no poseer tal documento y ni siquiera un permiso de trabajo para la Pampa, sólo la invitación de su prima. Así que el comité por mayoría absoluta, recomendó a la ardilla dos cosas: Así se dijo:



Señorita ardilla: deje ya de ser pardilla  
y ábrase en la caja de ahorros una cartilla.  
Y para rematar el caso, más papeles y menos paseo,  
que no estamos de cachondeo.  
Sin pasaporte, no hay transporte ni gobierno que lo soporte.  
Identidad, trabajo y cuenta corriente, también será pertinente.  
Y seguros y vacunas... A veces, hasta te piden la luna.  
Así que...,  
para quedar bien con su prima, mándele una mandolina,  
porque aunque no sepa tocar o no le guste, rima.  
Y colorín colorado, ni esto es un cuento ni se ha acabado.

Así son las cosas. Aunque la Tierra es nuestra casa, la de todos, no puedes ir de un sitio a otro si no es con un montón de garantías, papeles, dinero, seguros, recomendaciones y otras exigencias so pena de que acabes castigado en el cuarto trastero que muchos estados reservan a los “non gratos”, o sea, en el trullo y magullado.

## 5.- Robinson

Esta historia que les cuento, es verdad, no me la invento. Y ocurrió hace mucho tiempo, hace por lo menos..., tres veranos, en un lugar remoto allende los mares, en la playa de una recóndita cala en una paradisíaca isla con bellos palmerales y un frondoso vergel entre rocas y saltos de agua. Aquel lugar parecía salido de una postal o de un folleto de propaganda de una agencia de viajes, de esos que te quieren vender las mejores vacaciones de tu vida. Aquello, en verdad, parecía el paraíso. (La verdad es que no era para tanto, pero como soy yo el que escribe y el que describe, pues la pinto como quiero yo que pinte y si lo quieres creer, no te prives)

Allí llegó y encalló su barco ya casi clareando el día, allí frente a tan hermosas vistas, nuestro héroe, un marino con cara de ejecutivo, o sea, con cara de mala leche y estrés, y barba de varias semanas, cabello ya canoso y unos penetrantes ojos azules y que vestía deportivamente, si bien su ropa estaba hecha jirones y mojada y él mismo también se encontraba roto, exhausto, pues llevaba ya varias semanas navegando a la deriva en un enfurecido y desconocido océano por culpa de la rotura del timón de su pequeño barco, lejos de su casa.

Había iniciado su viaje hacía tiempo atrás tratando de alejarse de sus quehaceres diarios, de su ruidosa y contaminada ciudad, de su estresada y vulgar vida, en fin, que trataba de dejar todo atrás y encontrar un lugar y una forma de vivir diferente, algo que le diera un poco de paz y tranquilidad o que le devolviera la ya casi perdida ilusión por vivir, para seguir viviendo.

Le acompañaba su único e íntimo amigo, consejero y compañero de fatigas desde su infancia, su diario, en el que escribía detalladamente todo lo que le acontecía y en el que en una de sus últimas páginas escritas decía:

“Hoy, 18 de diciembre de 1999, fin del segundo milenio, estoy perdido en medio de un mar embravecido y desconocido, hambriento, sediento y agotado. En las últimas semanas el barco ha perdido todo el velamen, y se han arruinado los alimentos y el agua. No encuentro el norte. Ni el sur ni el este, ni el oeste, vamos que no sé dónde estoy. Si salgo de ésta te dedicaré una nueva página, mi querido diario. Si no, ésta será la última página que escriba en mi vida. Gracias por tu grata compañía durante todo este tiempo.”

Por ello, de puro agotamiento físico, le pareció que era un espejismo pues no se podía creer que el barco estuviera varado, quieto, frente a tan hermosas vistas y, por fin, ¡tierra!

Y sintió miedo que, sumado al frío, hambre y sed que tenía, se transformó en pánico pues, se preguntaba a sí mismo y así lo dejó escrito en su diario:

“¿Es real lo que veo? ¿Es tan solitario este lugar como parece? Y si es así, puesto que no se ve a nadie ¿en qué parte del mundo estoy, si es que todavía estoy en este mundo? Y lo que es más importante e inquietante ¿estará lleno de caníbales? ¿O de Amazonas pues, a fin de cuentas, te devorarán lo mismo?”

Tardó mucho en decidirse a bajar del barco a tierra. Finalmente, releendo las últimas páginas de su diario en las que narraba su odisea, parecía como si éstas le invitaran a escribir alguna más, a no dejarse vencer tan pronto ya que, además ¿no irás a desperdiciar tantas hojas en blanco?, parece que le sugería su diario.

Le hizo caso y escribió ésta línea:

“Mi historia y mi vida deben seguir, así que voy a bajar a la playa”

Y así fue, bajó del barco y al pisar la fina arena de la playa a la que llegó en cuatro angustiosas brazadas, aunque él tenía una sensación de levedad, como si estuviera nadando a lomos de un delfín. En realidad, así fue. Ya se sabe, allá dónde hay un naufrago desesperado y en apuros, acude un delfín en su ayuda. Son cosas del mar. Al menos en los cuentos.

Al pisar por primera vez la arena fina de la playa, como decía, se frotó bien los ojos y verificó que estaba vivo y que aquello que le rodeaba era real y no un sueño, y no pudiendo aguantar por más tiempo la presión a que estaba sometido así como el cansancio que acumulaba, cayó rendido sobre la arena apretando contra sí su querido diario que era lo único que se llevó del barco. De inmediato quedó profundamente dormido, pues estaba muy necesitado de un reparador descanso.

Se despertó no mucho más tarde cuando el sol ya se levantaba en el horizonte e iba iniciando su camino hacia arriba enviando sus cálidos rayos. Y se despertó, digo, no porque hubiera dormido lo suficiente, sino porque se oía un murmullo de voces y gritos que le resultaban familiares. Levantó la cabeza pesadamente, pues sus fuerzas aún le flaqueaban, y miró a su alrededor con sorpresa: la playa estaba llena de sombrillas y gente tumbada en la arena, al igual que él, y ahora sí que volvió a oír con más claridad una machacona y estridente voz, esa voz tan familiar que podemos encontrar en lugares como éste y que sobresale del murmullo del resto y que decía:

“Coca-cola, fanta, agua fresquita ¿quién quiere algo?

Y es que yo tengo, que tengo de too.

Tengo helados de nata y fresa

Tengo de piña y limón

Tengo sorbetes también de melón

Y de pistachos y de melocotón

Tengo, tata, tatatata, tatatata, tatata.”

Y es que, claro está, estamos condenados a vivir en los límites de nuestra paciencia. Nuestra sociedad no nos libera de las vacaciones. Y además, vayas dónde vayas, estarán llenas las playas. Estamos jodidos y encima pagando hipoteca.

Esto es lo que pensó nuestro héroe y que, en un arrojado de valentía y decisión, no pudo reprimirse y haciendo un esfuerzo sobrehumano se incorporó pesadamente hasta quedar de rodillas sobre la arena y alzando los dos brazos al cielo al tiempo que tiraba al aire su querido diario dando con él, involuntariamente, claro, a su vecino de playa, o sea a mí, que por eso les cuento la historia porque además me quedé con su diario, con un grito de desesperación gritó:

“¡Uno de fresa, por favor!”

## 6.- La saga de los Pinochettes

Erase una vez unos tirantes sosteniendo al señor Eme Fraguette, alias Gepetto, aficionado a reinventarse a sí mismo e ir siempre con la verdad por delante, o eso es lo que decía él de sí mismo, aunque para él la verdad era sólo su verdad, claro, e iba como elefante en una cacharrería arrollándolo todo, pues decía hasta la calle era suya.

Y un día se cansó no por nada, que él tenía cuerda para rato, sino porque ya no podía llegar más lejos, así es que se sentó en su techo, que no era muy alto, todo hay que decirlo, y entre otras gaitas, se dedicó a fabricar muñecos.

Y utilizando su dedazette que es lo que le gustaba y se estilaba en sus dominios, creó su primer muñeco aunque no le quedó muy bien, pues no sabía mentir el pobre y además tenía una Mancha en Córdoba.

El segundo, en cambio, le quedó perfecto y se dijo: “es como el hijo que tanto me hubiera gustado tener”. Aquella noche, como no podía ser de otra forma, llegó el hada azul en forma de gaviota y tocó al muñeco con su varita mágica dándole vida. Y por decisión de su creador le llamó Mostachette, el Pinochette I. También le dio una conciencia, vamos que le puso a su lado a un Pepito Grillo al que llamó el Arenette, pero como se verá más adelante, el Pinochette I no le hacía ni puto caso. O sí. O quizá es que la conciencia del Arenette tenía su misma forma de entender las cosas o que no tenía conciencia... No se sabe muy bien a día de hoy, pues la conciencia del Arenette va y viene y perdura en el tiempo de los segundones, según le digan sus mayores que son los únicos que le creen.

El caso es que, loco de alegría Pinochette I y desentendiéndose de su padre ahora que él ya tenía vida propia, le dio por ir por esos mundos enredándolo todo, a pesar de que su padre le había dicho que lo primero era la escuela. El primer día que fue al colegio enseguida se dio cuenta de que aquello quedaba mejor como circo que como escuela, ya que para él la escuela era muy aburrida. Así que la transformó en circo. Allí en el circo, con sus leones a la entrada y ya dentro otras fieras más domesticables, se encontraba un tal Zapaterette que intentaba dar zapatos a todo el mundo entero mundial, cosa que no le gustaba a Pinochette I y por eso no le cayó bien el tal Zapaterette. Pero lo que si le gustó fue el espectáculo del circo que creó, así que salió a la pista y empezó a arrear a todos con sus cabriolas y saltos al vacío, lo que fue muy aplaudido por los suyos que le arrojaron monedas y piropos. Cuando se quiso dar cuenta, no pudo escapar de allí pese a los consejos de su Pepito Grillo particular, o quizá debido a eso, aunque como sabemos no le hacía mucho caso. O sí.

Pero cuando ya se empezaba a aburrir, apareció un nuevo amiguette, el señor Buschette para echarle una mano y le dijo que si le acompañaba a jugar a la guerra contra unos desgraciados que le tenían manía a él, al señor Buschette y a su puñetero padre.

“Si me ayudas, le dijo, te nombraré el rey del circo de tu pueblete o, mejor aún, te hará pasar de tu pueblete, que es poco para ti, y te haré reinar en los Estatettes de la vieja civilización o lo que sea que fuere ese otro continente”, ya que el señor Buschette no entendía mucho de éstas cosas.

Dicho y hecho. Sin hacer caso de su Pepito Grillo (o tal vez por eso mismo), Pinochette I se fue con su amiguete Buschette a jugar a matar a los malos con lo que

además ganaban mucho petrolette, bueno, eso esperaban, y ya viéndose cerca de ser nombrado el Reinette de los Estatettes del Continente Vejete, se dijo que el también tenía derecho a crear a su propio monstruette, digo, hijo, así que utilizando también su dedazette formó una figura y le dio vida. Y como él era más chulo que un ocho lo hizo a su imagen y semejanza, eso sí, con barba en vez de bigote como él, y que fumara puros para diferenciarlos bien.

Su padre, como todos los padres, le perdonó, quiero decir, se alegró de sus travesuras y hasta de que le hubiera crecido la nariz de forma desproporcionada debido a sus muchas mentiras y aceptó a su nieto al que llamó Puretette el Pinochette II, alias “el hilillos de chapepette”.

Y a este Pinochette II le creció tanto la nariz como al primero ya que, por ejemplo, a lo que él llamaba hilillos eran ríos y decía “cositas sin importancia” a lo que eran casitas con mucha enjundia (para los promotores, claro). Además, al igual que su padre y abuelo, quería cargarse al Zapaterette, que tampoco le caía bien, y otros especímenes del circo principal y a otros de los alrededores, pues circos había muchos y con muchos animales, no todos domesticados. Especialmente el circo del norte le tenía mosca y le tenía ojeriza y por eso puso de controlador al inefable amigo de entonces, que no lo es tanto ahora, el mayor Orejette.

Pinochette II, el hilillos de Chapetette, era amigo de todos y de nadie, es decir, no se sabía si iba o venía y convertía lo blanco en negro y viceversa sin que nadie supiera, al final, qué era blanco o qué negro, y siempre tenía una explicación para todo, eso sí, inentendible para el público culto pues solo lo entendían los que nada entendían y es que, para los que no lo entiendan, nos quería vender la vieja burra dos veces. Y si, por ejemplo, se metía en un almacén de juguetes, era capaz de salir vestido de caperucita diciendo que era el lobo o salir de lobo diciendo que era caperucita, pues se adaptaba y se creía cualquier papel que le tocara representar, no importaba al son que tocara la gaita, él la bailaba. Así es que la nariz no sólo le crecía sino que también empezó a tener unas grandes orejas de burro, herencia genética quizá de sus ancestros, y hasta el mismísimo Pepito Grillo, el Arenette, se acomodó junto a su padre adoptivo, Pinochette II, sin que orgullo alguno le pudiera llevar por otras aventuras. El era un segundón o tercerón, era su destino.

Así seguían ambos, cada uno a su bola, bajo la atenta y orgullosa mirada de su padre-abuelo, el gran Eme Fraguette, alias Gepetto, como si estuviera nadando el viento a su favor, aunque su otro padre, el Pinochette I, no daba señales de gustarle como iban las cosas por lo que no hacía nada más que chincar y señalarle el camino. Pero el hilillos de Chapetette repetía lo mismo que su antecesor y decía que “todo va bien”, e iba bien, claro, para algunos, y decía también aquello de “márchese señor zapaterette” al igual que se decía antes lo de “váyase señor Felipetette” por boca del Pinochette I.

Todo esto ocurría y el hilillos de Chapetette no se percataba de que iba derecho a la boca de la ballena de la mentira, aquella que se tragaba a todos los que les crece la nariz demasiado de tanto mentir. Y allí, en la panza de la gran ballena de la mentira en la que van cayendo uno tras otro, los mentirosillos se enredan entre ellos a bien quien la lía más gorda.

Pero como todo lo que entra por el estómago sale de alguna forma más pronto que tarde, estos salen defecados y llenos de mierda (quiero decir de chapepette pues el mar está lleno de inmundicia por los tontos juegos de personajes como el Pinochettes I, el Buschette y otros) y más mentirosos que nunca a seguir jodiendo a los que no sean sus amiguettes.

En fin, como toda historia que se precie, no sabremos qué será de la saga de los Pinochettes hasta el libro segundo por lo menos así que mientras tanto a jo... y a gua.

**Parte III**  
**Relatos (o cuentos o historias, no sé que son)**

Me gusta la idea del relato fantástico, irreal, aunque con tintes de verosimilitud. Es como la intromisión en una realidad, adornándola o dotándola de aquellos detalles que son los que en realidad quisieras que hubieran ocurrido y no la simple y llana realidad que conoces.

**1.- El tío Antonio**

Este es un relato, o una historia, pues de ello y otras cosas discuten los dos amigos que participan en su narración, que trata de acercarnos de una forma divertida a la soledad de algunos cuando ya entran en eso que llamamos “la tercera edad” y de cómo se las ingenian para combatirla.

AMIGO UNO (UNO).- “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de...”

AMIGO DOS (DOS).- Esto..., perdona que te interrumpa, pero ¿en qué lugar de la Mancha? ¿Y por qué demonios dices que no quieres acordarte?

UNO.- Y esto otro para ti, marinero. ¿Me vas a permitir que continúe con el relato? Si es que quieres oír un relato, vamos, que si lo que quieres es que yo te cuente un cuento pues solo tienes que decirlo, ¡eh!... ¡vamos, dilo y te cuento un cuento!... (¿?) Entonces qué ¿Cuento o relato?

DOS.- No, no, está bien un relato, o sea, que sí, que continúes con tu relato, si es que es un relato porque a mí es que eso de la Mancha pues..., esto, vale, vale. Continúa, porfa. Perdona.

UNO.- Bien. A lo que iba. Decía que,...

NARRADOR.- Ya estaban otra vez con sus dimes y diretes los dos amigos. Hoy, como cada día desde que se conocieron “no ha mucho tiempo” que diría el narrador, estos dos ancianos amigos se contaban sus historias, sus relatos, sus cuitas, sus vidas en definitiva, pues ahora ya sólo les quedaba eso como única actividad, como único recurso de agarrarse al presente, de vivir el presente, de sentirse vivos: el recordar el pasado o, en todo caso, el inventarse historias y contárselas el uno al otro. Esto lo hacían a diario mientras daban sus largos paseos por el bello paseo marítimo de su pueblo costero de acogida, paseos que prolongaban hasta la laguna cercana para, como decían, levantar y dar el desayuno a los patos. Ellos esperaban que alguien más se acercara al mediodía para darles la comida a aquellas tranquilas y amigables aves, que eran, a la vez, voladoras, terráneas y acuáticas, ya que ellos volverían al atardecer como cada día, para darles la cena. Este era uno de sus quehaceres diarios. Otro era el de sentarse en algún banco del paseo, o frente al puerto pesquero o deportivo, o quizá en alguna colina cercana al pueblo donde desarrollaban toda su imaginación y capacidad narrativa mientras la brisa marina que hasta ellos llegaba les acariciaba y reconfortaba suavemente.

DOS.- Bueno, ¿vas a seguir con el relato o nos cantamos unos fandangos, para variar?

UNO.- ¿Y tú me vas a dejar que siga o vas a seguir dando la tabarra?

DOS.- ¿Pero si ahora no he dicho nada, que eres tú el que se ha callado?

UNO.- Hilar un relato lleva su tiempo, tranquilo, hombre.

NARRADOR.- Ya ven. Como no podía ser de otra forma, se interrumpían constantemente, discutían y porfiaban en una agradable camaradería pues sabían que, en cualquier caso, se tenían que aguantar todo el día ya que los amigos comunes o cercanos a cada uno de ellos poco a poco les habían ido dejando solos al pasar a mejor vida y los que les quedaban estaban lejos de su residencia actual y, por otro lado, para la familia que tenían cercana, la poca que ya les quedaba y con la que convivían, o sea, los únicos hijos que cada uno tuvieron con sus respectivas parejas ya desaparecidas también, eran más un estorbo estando en casa que otra cosa, por lo que solo iban a comer y dormir, casi como si de un hotel se tratara aún siendo su casa, bueno, tanto como su casa..., pues no, ya no era así, ahora era la de sus hijos ya que hacía tiempo que ellos habían cedido su herencia a los mismos. Esta es la razón, y el vivir en la misma urbanización a la que habían ido a parar no hacía muchos años y casi al mismo tiempo, lugar donde se conocieron y se dieron cuenta casi al instante de que estaban solos, solos sí, una soledad en compañía de sus hijos, nueras y nietos ya mayorcitos en la que cada cual iba a lo suyo (su trabajo, sus estudios, sus amigos, sus ocios,... sus vidas en definitiva) por lo que a ellos esa compañía familiar dedicada a sus quehaceres en los que ellos no podían participar pues parecían vivir en mundos distintos o distantes, no les llenaba su soledad interior, su deseo de compartir, de dar, de sentir, de sentirse vivos, así es que esta es la razón, decía, por la que decidieron, casi se comprometieron el uno con el otro a compartir esta etapa final de sus vidas.

UNO.- Bien. A lo que iba. Decía, que en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.

DOS.- Y digo yo, y no pienses que es por interrumpirte, quede claro. Sí, vivimos en un pueblo marinero y el relato según tú y se supone, es marinero, o sea, que es sobre el mar o la mar, que también así se puede decir, y sobre sus hombres, sobre sus vidas o sus historias y costumbres, digo yo que... ¿Qué demonios de relación tiene esto que dices de la Mancha y un hidalgo con lanza en astillero y adarga antigua y además y para más "inri", sólo parece que tiene un rocín flaco y un galgo corredor? Bueno lo del galgo quizá puede valer, pero ¿lo del rocín en el mar? Como que no lo veo.

UNO.- Dejemos las cosas claras, marinero: el relato lo cuento yo y cuando termine ya me dirás tú si tiene o no tiene que ver una cosa con la otra ¿vale?

DOS.- Vale, vale. Yo era por si acaso no lo habías entendido porque yo, la verdad, el mar no lo he visto por ningún lado en toda la Mancha. La verdad es que tampoco he estado nunca en la Mancha, vamos, pero por lo que sé... Vale, vale, ya me callo. Sigue, por favor.



UNO.- Pues vale, marinero. A ver si es verdad que está entendido. Y prosigo con el relato que ya no sé ni dónde estaba...

DOS.- Pues parece que andabas por la Mancha con un hidalgo que tenía un rocín que no sé para que lo quería y...

UNO.- ¡Ah, sí! Decía lo hidalgo de la Mancha y el rocín y el galgo corredor que... Pero bueno, para que me entiendas, decía esto como introducción, ¡qué carajo!, que el relato, lo que se dice el relato, viene ahora.

DOS.- ¡Acabáramos tía María! ¿Y tienes que dar tantos rodeos para iniciar un relato?

UNO.- Dos cosas, marinero. Una: yo no soy tu tía María. Y dos: el relato hoy lo cuento yo, o sea que me toca a mí tal y como tenemos acordado y por lo tanto doy los rodeos que tenga que dar a mi historia y que mí me vengan en gana.

DOS.- Pues otras dos de mi parte, relator. Una: yo no soy marinero, que ya lo sabes bien aunque te empeñes en llamarme marinero, que este marinero tiene nombre y bien bonito que es. Bueno tanto como bonito... Y dos: por mi parte puedes darle todos los rodeos que quieras al relato, porque habíamos quedado en un relato, no en una historia tal y como dices ahora. Así que sigue con tu "introdutorio", valga el palabro, del relato, no de la historia.

NARRADOR.- Lo dicho. No había forma de que el uno dejara al otro desarrollar su historia. Pero quizá eso es lo que disfrutaban más, que por mucho que se interrumpieran e incordiaran ambos parecían sentirse muy a gusto con estas interminables charlas, discusiones, diálogos o lo que fuere que tenían. No eran hombres de bares y copas, no, ni de juegos de cartas, dominó o petanca y menos de los de azar. Ellos preferían la literatura, la cultura, la historia. La reflexión.

UNO.- Es un relato, ¿vale? quizá un poco rebuscado pero... valga como relato. Y decía lo anterior como introducción, no como "introdutorio" que vaya vocabulario que me usas marinero de tierra adentro. Y es un relato y he usado esa introducción que yo siempre que la recuerdo o pronuncio me emociona, porque recuerdo estas hermosas palabras pronunciadas con la solemnidad y el respeto que le merecían y que a él le caracterizaba, con aquella ronca y cansada voz que a la vez sonaba dulce y acariciadora:

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor".

Era la voz del Tío Antonio, un viejo marinero que había dejado lo mejor de su vida reparando redes, lanzando cañas y pasando horas y horas balanceándose al ritmo que marcaban las olas de aquel mar del levante español, de su mar, de donde él sacaba lo justito para vivir y alimentar a su extensa y humilde familia pues, tanto en aquellos tiempos como estos que corren, el mar parece que no da para mucho, quizá es que nos lo estamos cargando al igual que ocurre también con la agricultura, el clima, la costa, los bosques, las especies y todo lo que se nos pone por delante porque, en fin, parece ser

que el hombre es el animal más animal y depredador de toda la familia animal y para más “inri”, otra vez, nosotros, los hombres, llamamos animales a los otros, y a nosotros mismos nos denominamos civilizados, humanos, inteligentes... ¿Civilizados? Pero si nos estamos matando los unos a los otros desde que el mundo es mundo ¿Humanos? ¿Dónde está nuestra humanidad si la mayor parte de la población es explotada y se muere de hambre o pasa penalidades mientras que unos pocos gozan del noventa por ciento de la riqueza mundial? ¿Inteligentes? ¿Dónde está nuestra inteligencia si nos estamos cargando el planeta y a este paso o desarrollamos aún más esa supuesta inteligencia y nos vamos a otro planeta, si es que eso es posible, o nos vamos todos al garete?

DOS.- Oye, no es por nada, pero ese discurso te ha quedado muy apropiado aunque no tenga nada que ver con el relato. Y, desde luego, lo comparto plenamente.

UNO.- Muchas gracias. En fin, decía, que es que se me va la olla cuando hablo de estos temas, que el tío Antonio a sus 90 años aún tenía coraje para estirar un poco más su tiempo y compartirlo, mejor dicho, regalarlo a sus niños, a todos aquellos que teníamos entre 3 y 12 años y que nos arremolinábamos en los atardeceres de cualquier solanera tarde de verano o en la fresca primavera en torno a aquella enorme y añada higuera que todavía, como el tío – abuelo Antonio, daba sus ricos frutos para el goce de los demás.

Bajo la agradable sombra de verano de nuestro árbol, que se ubicaba justo al lado del pozo y frente a la pequeña casa de adobe mal construida, con un tejado que hacía aguas por todos lados, sí es que llovía, claro, sino no, no; allí, en aquel pequeño trozo de tierra donde vivía el Tío Antonio, allí, en medio del campo casi yermo, en medio de la nada, según unos, pero en medio del paraíso para nosotros, allí, decía, el Tío Antonio desarrollaba una tras otra sus historias, sus cuentos de la vida, sus memorias.

Y también recuerdo -¡cómo no!- que llegados a éste “galgo corredor”, yo, en mi inocencia, interrumpía preguntando: Tío Antonio ¿en qué lugar de la Mancha y dónde está eso?

DOS.- ¡Coño! Pues eso es justo lo que yo te preguntaba.

UNO.- ¿No habíamos quedado en que me no ibas a interrumpir, marinero?

DOS.- Vale, vale, relator. Ya me callo. Y que conste que no te he dicho ningún palabro esta vez.

UNO.- Me consta y continúo.

Él, paciente, nos decía que para entender un libro o una historia hay que esperar hasta el final pues en cada palabra, en cada línea, se dice lo que hasta ese punto del relato conviene decir, ya que si se descubren antes de tiempo las otras partes del mismo, éste pierde interés. Así que tranquilos, decía: todo llegará en su momento.

No obstante su aclaración y como no podía ser de otra forma, yo insistía: ¿¡pero yo quiero saberlo ya!>? ¿Por qué tengo que esperar? Si tú ya lo sabes ¡Pues dínoslo!

Él, paciencia sublime, continuaba estableciendo sus pautas: tranquilidad chicos, tranquilidad. Y continuaba su relato de ésta guisa:

“Una olla de algo más vaca que carnero, o los duelos y quebrantos, o el potaje, o las lentejas, que ya sabéis lo que se dice de las lentejas, que el que las quiere las come y el que no las deja, aunque seguro que vuestra madre os dice lo contrario, ¡eh!, ¿a que sí? ja, ja, ja. Pues bien, estos que he citado eran los alimentos que tomaba el hidalgo Quijote al que me refiero, junto a algún que otro palomino, si es que lo había, los domingos.”

Yo, ante aquel barullo de palabras y con la parsimonia y solemnidad con que el Tío Antonio las pronunciaba, retenía lo que podía pero, de tanto en tanto, no podía reprimir mis ansias de saber y soltaba: ¡Jo, tío Antonio! ¡No me entero de nada! ¿Qué es eso de los duelos y quebrantos?

DOS.- Oye, pues yo te preguntaría lo mismo. No tengo una idea clara de qué es eso de los duelos y quebrantos, aunque creo que...

UNO.- El tío Antonio volvía a hacer gala de su infinita templanza, al igual que parece que tengo yo que hacer contigo ahora, marinero, y explicaba:

“Veréis: Lo que os cuento es la historia de un caballero andante llamado don Quijote de la Mancha, una historia que escribió don Miguel de Cervantes hace ya casi 400 años por lo menos. En aquel tiempo se usaba un lenguaje un poco diferente al de hoy. Yo, si mi abuelo me lo explicó bien o al menos yo así lo recuerdo, creo que eso de los duelos y quebrantos eran algunas patatas y berza en el potaje y poco más, o sea, una comida sencilla. Y sigo, que si no se nos va la tarde sin haber llegado a la parte más bonita: la batalla con los gigantes.”

Esto, ¿Lo has entendido tú también, marinero? ¿Sabes ya lo que son los duelos y quebrantos?

DOS.- Yo te iba a decir que tenía entendido que los duelos y quebrantos eran algo así como unas patatas a lo pobre con sus huevos mezclados pero si tú dices que era un potaje..., bueno, vale, puede ser. Pero sigue, sigue, que luego me dices que te interrumpo yo, relator. Y parece que estamos llegando ya a la parte más interesante, si es que la tiene.

UNO.- Todas son interesantes si prestaras atención así que, prosigo.

Como pude comprender más tarde, el Tío Antonio contaba el Quijote a su modo y manera así que alteraba el orden de los sucesos y hasta la forma de los mismos. Su “Quijote” era muy particular, excepto en su comienzo que, impecablemente, recitaba al pie de la letra.

Pero esto tiene su lógica, pues ocurría en la pequeña y humilde casita del Tío Antonio, en una extensa zona de casas diseminadas y distantes unos siete kilómetros del pueblecito más cercano ubicados ambos en la campiña cordobesa. Por eso no más de cinco o seis niños atendíamos aquellas charlas. Y por eso también, en aquella casa solo había lo justo para vivir y los libros no entraban en esas necesidades. Así que el Tío Antonio lo contaba de oídas, de escucharlo de su abuelo, que había sido marinero al igual que él en algún momento de su vida y por eso le gustaban y sabía contar historias.

DOS.- O sea que por eso me llamas marinero.

UNO.- Bueno,...en realidad, no. Te llamo marinero para fastidiarte. Pero esa es otra historia. Y deja que continúe, pesado.

DOS.- Vale, vale.

UNO.- El abuelo del tío Antonio fue, no obstante, un hombre apegado a su tierra y que en sus tiempos más jóvenes y con su pequeña embarcación de remo conseguía atrapar algún pez incauto que se acercaba al cebo que él ponía en su anzuelo o caía en algunas de las pequeñas redes que extendía en torno a su vieja barca, con lo que conseguía el pescado necesario para el sustento de su familia a lo que se unía un poco de hortalizas, verduras y fruta que eran como un regalo de aquella abrupta tierra y los cuatro animales mal contados que, casi se podría decir, convivían con ellos en la pequeña casa y que eran toda su fuente de alimentos, toda su vida. Eso es lo que afirmaba el tío Antonio respecto a su abuelo. Y esta es la vida que el tío Antonio llevó desde niño hasta que tuvo que ir a vivir a aquella otra tierra de secano, de campiña ¿Por qué?

DOS.- Eso mismo me pregunto yo ¿Por qué?

UNO.- ¿Pero no habíamos quedado en que no se interrumpía?

DOS.- Pero es que ya me estás aburriendo...y además, que yo quiero saber por qué se tuvo que ir a vivir a la campiña, ¡lechés!

UNO.- Bueno, vale. Te contesto.

Pues..., por cosas de familia. Su hijo conoció en la mili a la que fue su mujer y ella, aunque intentó adaptarse a la vida marinera, no pudo y regresaron a la campiña cordobesa de donde ella procedía. Y allí tuvo que ir a terminar sus días el Tío Antonio, ya que su hijo no quería que se quedara solo en su pequeña casita cercana al mar. De allí le arrancaron, de su casa, de su vida, convenciéndole de que era lo mejor para él a su edad ¿Pero quién demonios sabe lo que es mejor para otra persona, aunque sea tu hijo el que lo crea?

DOS.- ¡Eso mismo digo yo! ¿Quién demonios sabe lo que es mejor para otro, quien?

UNO.- Pues..., no sé. En fin, que el tío Antonio acabó tierra adentro, siendo de la costa, siendo marinero, hijo del mar se podría decir. Y esto es justo lo contrario de lo que nos ha ocurrido a ti y a mí, marinero, que vamos a acabar en la costa, en el mar y quién sabe si a la vejez no nos volveremos marineros aunque somos de tierra adentro.

DOS.- Pues tú, no sé, pero yo si me veo de marinero, aunque no quiero que me lo llames hasta que no lo sea de verdad.

UNO.- ¿Tú marinero? Como que no lo veo.

En fin, te decía que allí es donde conocí yo al tío Antonio, en la campiña cordobesa ya que mi casa estaba cercana a la suya, un poco más espaciosa y nueva, si, pero en el mismo territorio solitario.

Y atiende, pues el tío Antonio seguía con su relato de esta guisa:

“Tenía por compañía o compañero de locuras nuestro buen Quijote a un ayudante al que llamaba escudero y que respondía al nombre de Sancho Panza, quizá porque era un hombre de amplia barriga que no pensaba nada más que en comer para llenar tan enorme panza. Ambos cabalgaban a lo largo y ancho de Castilla, de ahí viene

el que se diga eso de “ancha es Castilla”, de la visión cervantina. Don Quijote iba a lomos de su caballo Rocinante y Sancho de su asno, al que llamaba Rucio, e iban buscando aventuras. Y si no las encontraban, las provocaban.”

Nosotros, sus niños, porque todos los que nos acercábamos a oír las historias del tío Antonio éramos para él sus niños, no podíamos esperar a que nos describiera más detalles, sin saber antes de aquello que nos había puesto la carne de gallina.

- Tío Antonio ¿y la batalla de los gigantes?

- ¡Pero qué impacientes sois!, decía. Y continuaba.

“Bien, os lo contaré. Una de las aventuras más impresionantes que tuvieron en su azarosa vida nuestros dos aventureros, fue una batalla campal con unos enormes gigantes que tenían unos brazos tan largos como... ¿cómo os lo diría yo?, como desde aquí hasta aquel viejo olivo de allá a lo lejos...”

Un ¡Halaaa! extenso junto a un escalofrío era lo que a aquellos infantes nos salía como en un ahogado grito, a lo que el Tío Antonio reía escandalosamente y continuaba:

“No, bueno quizá eran un poco más cortos, pero sí es verdad que eran muy largos. Lo que ocurre es que el malvado encantador Merlín, los transformó en molinos de viento y al final no pasó nada.”

UNO.- ¡Uffff!, menos mal, decíamos todos. Y allí estaba yo de nuevo con mis dudas. Pero, Tío Antonio, ¿Quién era ese Merlín? ¿Y cómo es que no pasó nada?

DOS.- Eso digo yo también, relator ¿Cómo que no pasó nada? Porque por lo poco que yo recuerdo de esa escena es que don Quijote quedó molido de un mamporro que le dio el gigante con uno de sus brazos. O el molino con una de sus aspas, que es lo mismo.

UNO.- ¿Y tú sabes lo que me contestaba el tío Antonio a mi pregunta, marinero?

DOS.- Pues hombre, relator, si no me lo dices ¡como lo voy a saber!

UNO.- Pues escucha lo que decía, y toma buena nota:

“Sí me dejaraís que contara la historia como es debido, ya os lo habría dicho.”  
¿Lo pillas, marinero?

DOS.- Vale, vale, relator. Ya me callo.

UNO.- Bien. Pues Sigamos con lo que decía el tío Antonio.

“El tal Merlín, que como os he dicho era un encantador, o sea un mago, era un enemigo declarado de don Quijote porque no quería que se casara con Dulcinea ¡Vaya usted a saber por qué!”

¿Y quién era Dulcinea? salía yo otra vez con mis interrupciones. Y otra vez la paciencia del Tío Antonio.

DOS.- Esto..., digo yo, relator. Sí tú interrumpías constantemente al tío Antonio, según tú dices, ¿Por qué demonios no puedo hacerte yo una preguntita de vez en cuando?

UNO.- Pues verás, marinero. Yo, cuando esto ocurría, era un niño ¿entiendes?, ¡un niño!, que yo también he sido niño. Y los niños, ya se sabe, preguntan todo. Pero nosotros estamos en eso que algunos llaman la tercera edad, aunque yo creo que en realidad nos estamos acercando ya a la quinta por lo menos, y como no nos gusta el fútbol ni el cotilleo pues nos contamos historias y hoy me tocaba a mí contarlas y a ti escucharlas ¿Lo has entendido, se te ha olvidado algo o es que estás ya más p'allá que p'acá?

DOS.- Entendido todo, relator, entendido a la perfección. Punto en boca.

UNO.- Bien. Pues esto es lo que me decía el Tío Antonio, escucha:

“Vamos a ver, Ambrosico: ¿Tú sabes dónde está la luna? “

Pues en el cielo, contestaba yo, aunque ahora está en el otro lado, en el lado oscuro. Ahora está el Sol en éste lado y la luna en el otro aunque a veces están los dos en el mismo lado.

“Muy bien. En el cielo. Y también las estrellas están en el cielo ¿verdad? Y eso los sabes porque las ves, porque te fijas en ello y tu cerebro guarda esa información y sea día o noche tú sabrás que aunque en ese momento no se vean, están ahí ¿verdad? Bien ¿Y recuerdas como empezaba el libro?”

¡Claro que sí!, respondía yo: “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”

“¡Eso es lo importante!, eso es lo importante, decía él. Porque si recuerdas sólo un poquito de lo que yo te cuento, cuando seas mayor buscarás el libro para conocer aquellas cosas que ahora no entiendes y te interesan o te intrigan. Y te adentrarás en el mundo de la literatura que te hará un hombre de bien. Yo, hijo, no he tenido la posibilidad de rodearme de libros y bien que lo siento y sólo puedo contar con lo que retiene mi memoria. Pero tú si podrás, estoy seguro. Y entonces, seguro que recordarás estas torpes palabras del tío Antonio.”

Y eso es lo que te quiero decir, marinero, y también se lo digo a él, al tío Antonio que seguro que me escucha allá dónde esté, sea en la gloria marinera o en la otra, o sea la moraleja que yo le saco a este relato:

Sí, Tío Antonio, es verdad que lo recuerdo todo aunque hayan pasado ya más de sesenta años. Recuerdo tus palabras tan nítidamente que soy capaz de hacer un relato con ellas y contárselas al pesado de mi compañero y buen amigo al que llamo marinero aunque me interrumpa constantemente como yo lo hacía contigo. Y puedo hacerlo porque además he leído el Quijote tal y como tú pronosticabas. Y más de una vez. Y he visto obras de teatro, de cine y de televisión con su historia. Y he leído otros muchos libros. Así que, Tío Antonio, este es más tu relato que el mío. Y también es algo así como mi regalo para ti, mi recuerdo, y un obsequio para el pesado del marinero que me

escucha. Gracias Tío Antonio. Y gracias a ti también, marinero, por dejarme finalmente que pueda terminar.

DOS.- Y... ¿eso es todo? ¿Ese es todo tu relato? ¿Pero si la cosa no iba del Quijote, sino del mar ¡de la mar salada, hombre, que no te enteras! ¿O es que no habíamos quedado en eso?

UNO.- Vamos a ver, marinerillo. Quijotes los hay en todas partes. Y esta historia es tan válida para el mar, como para la campiña o la montaña ¿Por qué no lo miras con objetividad? ¿Tú no crees, por ejemplo, que el abuelo del tío Antonio era un auténtico Quijote que luchaba día a día para poder alimentar a su familia? Y el mismo tío Antonio, según yo lo recuerdo y por lo que él contaba hacía exactamente lo mismo. Es que los jóvenes de hoy en día, y perdona por lo de joven, no acabáis de entender lo que les ocurría a nuestros ancestros, que tuvieron una forma de vida más dura, menos fácil que la que tenemos hoy. Porque hoy sales al supermercado y ya tienes la comida lista y cuando no, la pides y te la llevan a casa ¿Antes? ¡Pues no costaba nada conseguirla!

DOS.- Si no te he entendido mal, aunque quiero confirmarlo ¿me estás diciendo que el tal tío Antonio y su abuelo existieron? ¿Y que tú de verdad has oído ese relato en palabras del tal tío Antonio? ¿Pero no habíamos hablado de un relato?

UNO.- Mira marinero, un relato es eso, una historia verdadera o por lo menos debería de serlo. Pero... o yo mucho me equivoco o realmente la línea que separa el cuento del relato y éste de la narración o de la novela es tan débil, tan estrecha, que muchas veces se confunde. Y, en cualquier caso, verdad o fábula ¿Qué más da? Lo importante es su contenido, lo que nos muestra. Y este nos muestra las muchas maneras que hay de ver las cosas y de ser Quijote, pues Quijotes hay o somos muchos.

DOS.- Pues chico, que quieres que te diga. En este tuyo sólo nos habla de duelos y quebrantos, galgos corredores y otros hechos acaecidos al famoso hidalgo don Quijote que, como todos sabemos, es una genial novela de Cervantes pero yo esto como relato ... pues no sé, que quieres que te diga, no lo veo.

UNO.- No entiendes nada, marinero, no entiendes nada. En fin, creo que te lo voy a tener que contar otra vez: En un lugar de la Mancha de...

DOS.- Ya, ya. Vale. Déjalo ya. Aunque quizá, si lo miramos con otra objetividad como tú dices pues... ¿Acaso tú y yo no somos como unos Don Quijote y Sancho Panza contándose sus historias?

UNO.- ¡Ahí me has dado!, marinero. Ya decía yo que al final entrarías en razón. Todos, antes o después, acabamos contándonos nuestras batallitas y todos, más bien después que antes, tenemos la necesidad de que alguien nos escuche aunque lo que digamos suene a locura o a tiempos pasados o a historia, que esa es otra de las claves del relato. Porque relato, cuento, narración, historia, etc., todas tienen un hilo conductor y es el que nos lleva a ver o a imaginar la vida según la leyenda que nos cuentan. Y sí, es verdad, querido marinero Sancho. Hay muchos Sanchos y Quijotes que desean contar sus historias, que desean ser escuchados. Yo, a propósito de esto, creo que a nuestras conversaciones de ahora en adelante las deberíamos llamar “Diálogos de genios o de los geniales: Don Quijote y Sancho y sus historias”. Y quizá podríamos ir por los colegios contándoselas a los niños o por las plazas de los pueblos, cual trovadores de la edad

media, o incluso en la radio y hasta en la televisión podríamos tener un programa a nivel nacional y...

DOS.- ¡Para, para, Quijote! Para. ¡Sooo!, echa el freno a Rocinante, echa el freno ¿Pero a ti es que se te ha secado la sesera lo mismo que le ocurrió a don Quijote? Una cosa es que nos contemos historias para matar el tiempo, por cierto, qué frase ¿eh? “matar el tiempo” ¿no sería mejor y más correcto decir “ayudar a pasar el tiempo” o “ver pasar el tiempo” Qué afición le tenemos los hombres a eso de matar. En fin, decía, que yo creo que es mejor que dejemos las cosas como están y sigamos contándonos nuestras historias o inventando historias y déjate de televisión y gaitas. Y lo de Quijote y Sancho pues quizá no sea una mala idea. Mi próximo relato, porque te recuerdo que el siguiente es el mío, irá sobre Don Quijote de los Mares y su fiel barquero Sanchito ¿Qué te parece?

UNO.- Pues que estás como una chota, que quieres que te diga. Me acusas de que se me está secando la sesera y tú te pones a desvariar igual que yo, sí a esto se le puede llamar desvarío. No tienes arreglo, marinero o debo decir “barquero Sanchito”

DOS.- ¿Y quién demonios te ha dicho a ti que yo haría del barquero y no de don Quijote? No, perdona. En mi historia yo seré don Quijote y tú mi fiel barquero Sanchito. Porque te recuerdo que en la tuya no he pasado de marinero, según tú.

UNO.- Pero sí la mía es una historia de verdad, con sus nombres propios, incrédulo de Dios. Te he llamado marinero porque sé que te gusta, que lo prefieres a tu nombre. Porque es que hay que echarle agallas para llamarse Gumersindo y, para colmo, que te apoden “la colchoneta”, que no sé yo qué coño tiene que ver con tu nombre, porque por lo menos te podían llamar Gumer. Y lo de tu nombre lo digo por decir, ¡eh!, que a mí no me suena tan mal aunque a ti te suene a rayos.

DOS.- Deja lo del nombre y vamos al grano. En tu historia, que tú la tienes por cierta, tú eras el relator, aunque te llames Ambrosio, que también tiene guasa tu nombre ¡eh!, no me digas, y yo marinero. Pues bien, en la mía yo seré don Quijote de los Mares y tú mi fiel barquero Sanchito, te guste o no te guste.

UNO.- Pues va a ser que no, porque es que a mí los diminutivos no me van, o sea, no le van a este cuerpazo diez que dios me ha dado. Así que mejor lo dejamos en Sancho a secas.

DOS.- Pues vale, Sancho Asecas, para ti la perra gorda. Pues la historia empieza “en un lugar de la costa, de cuyo nombre no me acuerdo muy bien, no sé si estábamos en La Vera de Sanlúcar, en Santa Garrocha de la Mar Salada, o en San José del Cabo del Gato...

UNO.- O en San Marino y sus Habitas con Jamón, o en San Patricio del Fino la Una, o en San Cosme y San Damián. Pero... ¿Qué historia es ésta, marinero? ¿Ahora vamos de santos?

DOS.- ¡Óyeme, mi fiel y quejita barquero Sancho! ¿En qué quedamos en la historia anterior? En que no se interrumpía ¿no? Pues eso.

UNO.- ¿Pero es que primero hay que hilar la historia, Gumer, que no te enteras? Y además que ya estoy harto de tanta cursilería y fantochada por hoy y de historias descerebradas así que ¿no crees tú que ya va siendo hora irnos a tomar unas cañitas y unas tapitas antes de volver a casa? Porque ya sabes que si volvemos antes de la hora de



comer nuestras amorosas nueras nos devuelven otra vez al paseo, o sea, que nos mandan de paseo, que estorbamos en casa, ¡vaya!, que le vamos a hacer. Y no creas que no las entiendo, no, que es que nosotros ya somos un estorbo allá donde vayamos. ¿Qué? ¿Vamos al Pepe's Bar como siempre?

DOS.- Vale. Pero, oye ¿Qué te ha parecido la idea para mi relato? ¿Crees que podré tener futuro como cuenta relatos?

UNO.- Como cuentista...puede. Pero como cuenta relatos, no sé, no lo tengo claro.

DOS.- ¡Pues vaya amigo que eres! Por lo menos me podías decir que sí aunque fuera mentira ¡leches! ¡Vaya ánimos que das!

UNO.- Anda, tira p'alante que se nos enfría la caña.

NARRADOR.- Y los dos amigos, Ambrosio y Gumersindo, acababan como siempre, en el Pepe's Bar tomando una cañita antes de ir a casa a tomar el almuerzo y allí seguían dándole caña, quiero decir, la lata a la paciente camarera que día tras día cual si fuera su más fiel seguidora y crítica preguntaba ¿Qué tal la historia de hoy?, para permitirles explayarse un poco más sobre sus disquisiciones. Es lo que se llama la labor social que hacen los bares o, mejor dicho, los camareros y camareras de los bares. Por la consumición ni les preguntaba pues era siempre la misma: dos cañitas bien tiradas y dos tapitas de habitas con jamón. Y ella, también como siempre, las acompañaba con una espléndida y agradable sonrisa que para aquellos ancianos solitarios les parecía como un bello resplandor de luz. Y es que, quizá no estaban tan solos como ellos se decían a sí mismos. Quizá vivían en el mejor de los mundos posibles para su edad. Venidos de tierra adentro a pasar sus últimos tiempos junto al mar, justo lo contrario de lo que tuvo que hacer el tío Antonio: dejar su playa y su costa, dejar el mar y sus gentes para trasladarse e ir a finalizar sus días tierra adentro en lo que fue su penúltimo viaje. Y también su primer viaje. En fin, que fue su único viaje. Así es la vida de algunos.

## 2.- ¡Ni éste es mi sitio, ni ésta soy yo!

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor y allí, en ese mismo lugar de La Mancha, vivía también y no ha mucho tiempo, una guapa moza rubia, de las de armas tomar, con unas turgentes petas, digo tetas, de los que según el dicho tiran más que dos carretas, y ella no tenía ni rocín flaco ni galgo corredor sino que solo tenía una bolsa de viaje inscrita en su mente fantasiosa y buenos y recios zapatos para ser desgastados haciendo camino, no importaba la dirección, medio o lugar a dónde la condujeran, sólo le importaba el recorrerlo a su libre albedrío. ¿El mundo no es de todos?, se decía. ¡Pues eso!, a recorrer mundo.

Y un día sin saber cómo ocurrió, se embarcó (es un decir) en el primer tren que paró en la vieja y solitaria estación, pues no había que perder la oportunidad, aunque hoy, la verdad, la estación parecía más solitaria que nunca, quizá por la hora y no por otra cosa pensó ella, ya que serían alrededor de las doce de la noche. ¡Buena hora para partir!, se dijo, para salir a mostrar al mundo el valor y la gallardía de la mujer manchega, que lo tiene, y que se deje ya de hablar sólo del valor de los hombres pues también cuentan en esto las mujeres. ¿Por qué no íbamos a ser las mujeres igual de valerosas? ¡O más!

- Buenas noches, señorita.
- Buenas noches caballeros.

El departamento al que accedió la bella princesa rubia estaba ocupado por tres caballeros, dos de ellos con una edad, digamos, de las que ya han superado la mitad del tiempo de vida previsible y van en franca cuesta abajo aunque, eso sí, hicieron un reconocimiento ocular preciso de la voluptuosa anatomía de la joven, y el tercero, en su punto, recién superados sus años iniciales como adulto, es decir, estaba cercano a la treintena. En su punto, vamos. Pero... parecía muy cansado, pues apenas saludó y siguió como estaba, soñoliento, adormilado, amuerado, ido... ¿Quizá vendría de una juerga nocturna? No creo, aún era temprano. ¿Cansado de trabajar? No, no lo creo, sería cosa rara tan joven y cansado.... ¿Quizá había estado de...? Uy, uy, uuuy. En fin.

La verdad es que ella también estaba cansada, pues habían sido muchos los preparativos, las tensiones y la toma final de la decisión que la llevaría a buscar la vida fuera de la miseria del pequeño pueblo donde naciera a la vida, con gente encantadora, eso sí, pero pequeño, sin futuro, sin las condiciones adecuadas para una persona con ganas de hacer cosas, de ver cosas, de aprender.

Y por eso partía hacia otro lugar donde, tal vez, encontrara un trabajo digno, tal vez encontrara un hombre diferente (diferente respecto de los cuatro pelagatos – en el buen sentido de la palabra, claro - que eran los únicos que había disponibles en su pueblo). No, ella no se resignaba a lo que, según le decían, Dios había escrito para ella. Ella quería escribir su propio libro, su propia historia, hacer su propio camino, dirigir y vivir su propia vida.

Así, con sus atropellados recuerdos y con el chi qui chi del tren producido por la tracción y el roce de sus férricas ruedas al deslizarse por los raíles y con el rítmico soniquete, cual palabrería hueca, con que machaconamente le ofrecían los dos hombres mayores, quedó adormilada:

- Es lo que yo te digo, Pascual, el ganado este año no vale nada, no rinde nada, vamos que si le quitas lo que te gastas en piensos, agua y gaitas, pues acabas poniéndole dinero. No sé a dónde vamos a ir parar.
- Y que lo digas Matías. Ya ves que yo vendí el otro día 5 cabezas ¿Y cuánto crees que saqué? Una miseria, Matías, una miseria. Al final tendremos que hacer la maleta todos, como ya empiezan a hacerla algunos mozos.
- Pero ellos son jóvenes, Pascual, ellos son jóvenes. Más tú y yo..., buff.
- Malos tiempos, Matías, malos tiempos.

Esta verborrea amodorra a cualquiera. Y nuestra viajera cayó en el sopor que daba tanto el vaivén del tren como la charla de los dos viajeros. El tercero, nada, no se enteraba de nada. Pero claro, el tren seguía con su monótono traqueteo consumiendo kilómetros de vía y pasadas las dos de la madrugada, el tren, esa máquina bruja, con su chirrido característico de frenado y como fondo musical la voz proveniente de los altavoces de una estación intermedia anunciando su inminente entrada y salida, ese tren brujo, digo, llegó a una ignorada estación perdida en la noche. ¿Dónde estamos? ¡Qué más da! si hasta por la mañana no llegaremos a destino.

Pero el ruido hizo que los adormilados viajeros despertasen para ver las siempre previsibles bajadas de los que llegan a destino y los que suben a incorporarse a la aventura.

- Adiós señorita, adiós caballero. ¡Que tengan buen viaje!, fue la despedida de los dos viajeros charlatanes.
- ¡Que Uds. lo pasen bien!
- ¿Y ahora qué...? Bien. ¡Ya salimos! Más, ¿no sube nadie a este departamento?
- Parece que vamos a continuar solos, se atrevió a decir ella.
- Sí, eso parece.
- ¿Te importa si extiendo el asiento para ir más cómoda?
- Mejor extendamos los dos y así podemos tumbarnos a echar un sueñecito.
- ¡Estupendo! pues me han despertado en lo mejor del sueño.
- ¡Ahhh!. ¡Que a gusto se está ahora!
- Oye, te vas a dormir ¿o qué?
- Pues casi mejor ¿o qué? ya que me he desvelado. Eres muy guapa, lo sabes ¿verdad?
- ¡Anda déjame dormir!
- No si yo te dejo. Ven, échate en mi brazo a modo de almohada que así descansarás mejor.
- ¿Qué haces?
- Te acaricio para que duermas mejor. ¡Qué pelo más suave! ¿Estás bien?
- Es que..., no sé qué me pasa....tú... sí, síii.... ¡Ya, ya! ¡Ufff!. Estoy bien. ¡Muy bien!
- Me alegro. Yo también. ¡Que duermas y sueñes con angelitos!
- Umm. Sí..., soñar. ¿Me contarás mas cosas mañana?
- Espera que llegue el día, mujer, no seas impaciente. Anda duerme.
- Ya me duermo. Y soñaré, seguro.
- ...ZZZZ...

Y soñó (o siguió soñando) con un apuesto príncipe, viajes de lujo en imponentes trasatlánticos, ciudades maravillosas, oro y joyas, reyes y reinas, vestidos fastuosos, opíparos banquetes servidos en mesas increíbles ¡con flores y todo! y vajilla de plata ¡Oh! ¡Oh!, cuántas cosas maravillosas hay en la vida y...

- ¡Alfonsa!, ¡Alfonsa! ¡Despierta leñe!
- ¡Quéééé!
- ¡Qué despiertes ya!, que estás todo el día en las nubes y hay que ir a recoger las patatas antes de que se maleen.
- ¡Quéééé! ¡Pero maaadre! ¿Usted...?
- ¡Pero hija! ¿Qué te pasa? ¡Parece que has visto a un fantasma!
- Pero... ¿dónde está...? ¿Dónde estoy....?
- Cada día estás más tonta, hija. ¡Anda vamos!, que se hace tarde.
- ...

¡Me cago en la leche...!. No se lo cree, no, pero mañana ¡seguro! ¡Mañana verás como si me marcho de verdad! Y te vas a quedar tú sola para recoger las patatas. ¡Vaya que sí! ¡Como me llamo Alfonsa que mañana...! ¿Alfonsa? También me cambiaré de nombre y me haré un lifting de esos y me teñiré el pelo y... bueno todo. ¡Vaya que sí!

### 3.- La siesta, la hora bruja

En un lugar de abruptos y escultóricos parajes, en el que no estaba muy claro si la tierra que se pisaba tenía alma castellana, extremeña o portuguesa, allá, lejos de todo y perdida entre encinas y peñascos, valles y frondosidades arbóreas, vivía no ha mucho tiempo, una guapa moza rubia de esas de armas tomar, con un porte atlético de fina y elegante figura, con sinuosas curvas y turgentes pechos y que no tenía nada, o eso creía ella, nada que la atara a aquél idílico lugar y por eso se aferraba a una imaginaria bolsa de viaje que parecía inscrita en su mente fantástica.

Tenía, eso sí, y listos para su viaje, unos buenos y recios zapatos que esperaba fueran desgastados haciendo camino hacia otro lugar en el que ella se pudiera encontrar a sí misma, fuera alguien que tuviera algo que contar en la vida, alguien al que se le tomara en cuenta y fuera considerado como miembro elevado de la especie humana, en fin, ella quería ser alguien, pues en este terruño, se decía, no soy nada ni nadie. Otro mundo ha de haber, se decía, y yo lo he de encontrar.

Claro que en estos días agostales cuando nuestro padre Sol parece querer igualar a todos los seres humanos con un precioso color moreno que tan bien lucen algunos y, sobre todo, algunas; cuando las ligeras avecillas surcan los aires limpiándolos de insectos o en pintorescas bandadas aterrizan en los campos quitando los granos cizañosos que estropean las cosechas, si bien es verdad que también algún que otro grano de buen granero se llevan o quitan al sufrido labriego, pero es que las enormes polladas llegadas por los ardores primaverales necesitan su alimento y para eso están sus mayores, para proporcionárselo; cuando, por otro lado, cada animal se afana en su quehacer diario que no es otro que el de sobrevivir, más que vivir; cuando, en fin, todos estamos radiantes y ardorosos en deseos de conocer y de hacer cosas nuevas, brillantes, únicas, en estos días, digo, nuestra joven dama quería recorrer mundo.

Y se embarcó (es un decir) en el primer tren que paró en la vieja y solitaria estación situada, aunque pareciera imposible, en las altas y verdes montañas que tenía a modo de postal delante de sí, de su pequeño mundo, todos los días del año, unas veces con el verdor propio del nacimiento de la fresca yerba y de la puesta de largo de los árboles, otros, con un asombroso color amarillo único, el que le dan las mieses y los pastos secos listos ya para la siega, otros, con esos colores ocre y marrones que los frescos vientos de otoño traen a nuestros campos o, ya en invierno, con los blancos copos de nieve que adornan árboles, rocas y laderas llenando de luminosidad los cielos. Hoy, la verdad, su amada estación parecía más solitaria que nunca, quizá por la hora y no por otra cosa pensaba ella, ya que serían alrededor de las tres de una calurosa tarde de verano.

¡Buena hora para partir! pensó, para salir a mostrar al mundo el valor y la gallardía de la mujer española ¿o soy portuguesa?... ¡qué más da!, el valor es el mismo en la mujer sea de donde sea y a ver si se deja ya de hablar sólo del valor de los hombres pues también cuentan en esto las mujeres. ¿Por qué no íbamos a ser las mujeres igual de valerosas? ¡O más!

El tren, como no podía ser de otra forma, se preparó para avanzar como elegante serpiente por sus paralelas y aceradas líneas tiradas sobre laderas, túneles y llanos para con su *chi qui chi, chi qui chi, chi qui chi*, pausado y bello hacer que a los escasos

pasajeros les sonara a música (¿tal vez de Mozart? ¿Beethoven? ¿Falla?) y así irían consumiendo las horas, pocas o muchas, eso poco importaba sobre todo a nuestra arrojada viajera, pues ella tendría la agradable sensación de que cada hora, cada minuto que pasara, estaría más cerca de ver, de sentir y vivir cosas maravillosas en bellos lugares.

Si este tren va, decía para sí, a Madrid, allí veré el Palacio Real y, quien sabe, quizá hasta al Rey y a la Reina que dicen que es muy guapa. Y más, porque dicen que desde Madrid se va al cielo, así que allí tiene que estar todo lo que hay en la Tierra ¿no? Sí, a Barcelona, seguía pensando, allí veré el mar, los barcos, Colón con su sabio dedo señalando las Américas, la riqueza del descubrimiento, del valor, del oro... ¡Oro! ¡Pardiez! ¡Qué bellas lucirían las indias cargadas de collares y brazaletes de oro puro en aquellos reinos incaicos donde la sabiduría! ... ¿pero qué digo? Si me estoy refiriendo al siglo... ¡uhmm! ¡qué sé yo! hace ya mucho tiempo. Mejor sigamos en el presente, decía, si va a Barcelona, con sus playas mediterráneas, sus... su todo. ¿Y si va hasta Salamanca? ¡Ah! Salamanca, cuna de la cultura castellana, suntuosa y noble, sí, si va a Salamanca entonces me quedaré allí, en su plaza Mayor de la que tanto habla don Rodrigo, el cura que viene por estos lares de vez en cuando y que dice que es bellísima, bueno, la mejor del mundo dice él y si él lo dice, será, y yo pues... a lo mejor hasta estudio en la Universidad, en la que dice que él estudió. Aunque me da un poco de miedo porque los estudiantes no sé yo... O quizá... ¿por qué no? Quizá el tren llegue hasta París, ¡oh la, la! Ciudad del amor y del romántico Sena ¿qué querrá decir eso de “la ciudad del amor”? Tendré que ir algún día a París a saber, a conocer lo que es el amor en París, a conocer la grandeza de una ciudad llena de historia y cultura. ¡Qué impaciencia! ¡Vamos que arranque ya!

Con dos largos y agudos pitidos la máquina inició despacio, como recreándose en sus movimientos, el arrastre de los coches del tren tan cargados de ilusiones, de ilusos y de esperanzas, mientras que nuestra joven moza no pudo reprimir echar una miradita nostálgica a la ya lejana y pequeña casita, dónde quedaba todo lo que había vivido y sus recuerdos (a veces duros recuerdos) y dónde ella tenía la intención de que permanecieran para siempre pues creía que sólo los que desde ahora en adelante le llegaran serían dignos de ser recordados. La casa se hacía cada vez más pequeña a medida que se alejaba del lugar que hasta creía ver al tierno Canelo, su perrito amigo, el único que la entendía y la apoyaba y del que no quiso despedirse y ahora él, que todo lo sabía, le decía adiós con un tierno y triste menear de rabo. Tan absorta estaba en su huida hacia lo añorado y desconocido, que se sobresaltó un poco cuando se presentaron los que serían sus compañeros de viaje.

- Buenas tardes, señorita.
- (¿) ¡Ejem...! Buenas tardes caballeros.

¡Vaya, qué bien! Iba a tener compañía, gente distinguida, educada, culta... Al departamento en el que ya estaba instalada, cuál bella princesa rubia, nuestra labriega moza, accedieron tres caballeros, dos de ellos ya en su última etapa madura cercana a la vejez aunque, eso sí, hicieron un reconocimiento ocular preciso de la voluptuosa anatomía de la joven deteniéndose más de lo que manda la cortesía en sus dos

exuberantes y simétricas montañas de deseos y, el tercero, en su punto, recién superados sus años juveniles y notándosele claramente su entrada fuerte y segura en su vida como adulto, es decir, estaba en torno a los veintidós. En su punto, vamos. Pero... parecía muy cansado, pues apenas saludó, se acomodó en su asiento y se relajó quedando, soñoliento como estaba, adormilado, amuermado, ido total, ¡vamos!, como un tronco. ¿Quizá vendría de una juerga nocturna que duró hasta el mediodía? No, no era esa la impresión. ¿Cansado de trabajar? No lo creo, sería cosa rara que tan apuesto mozo trabajara en exceso su físico, a no ser qué... ¿Quizá había estado...? Bueno, en fin, ¡qué más da!

La verdad es que ella también estaba cansada y en horas de siesta pues ..., se despreocupó de sus acompañantes ya que habían sido muchos los preparativos y estaba cansada, por las tensiones y la toma final de la decisión que la llevaría a buscar la vida fuera de su pequeña aldea, donde naciera a la vida y que tenía, eso sí, gente encantadora, pero tan pequeña que ... bueno, digámoslo más claro, sólo vivían ella y su familia (madre y dos hermanos) y otras tres familias más, o sea, once personas en total y casi todas mayores, así que allí no se intuía ni un gran, ni un pequeño futuro, ni se daban unas aceptables condiciones para que una persona con ganas de hacer cosas, de ver cosas, de aprender, pudiera realmente hacerlo.

Claro que ella iba a dejar atrás un paraje de ensueño (aunque no lo supiera) todo lleno de la tranquilidad que da el ambiente rural rodeado de un mundo animal en armonía con humanos y paisaje, donde vacas, gallinas, cerdos y demás animales amigos, como perros y gatos, comparten espacio sin estorbarse, los unos nutriéndose de pastos y forrajes, los otros con las cuatro sobras que da la actividad humana. ¿Qué el trabajo es duro? ¡Claro que sí! Pero no lo es menos que cualquier otro realizado en cualquier ciudad, en medio de un caótico ruido, tanto ambiental como en fábricas u oficinas, además de sufrir horas y horas de aburridos e incómodos trayectos en metro o autobús para acudir al trabajo diario. Y, además, también eran muchos a los que les costaba Dios y ayuda llegar a fin de mes. ¿Acaso en el campo era diferente? En cierto modo, sí, pues siempre se podía recurrir a los productos que libremente nos ofrece la naturaleza. Pero en la ciudad, esto no ocurre. O tienes, o pasas hambre. Así son las cosas.

Pero..., esto nuestra aventurera y lozana niña no lo sabía. Y por eso partía hacia otro lugar donde, tal vez, encontraría un trabajo digno, tal vez encontraría un hombre diferente (diferente respecto de lo que ella conocía en su pequeña aldea). No, ella no se resignaba a lo que, según le decían, Dios había escrito para ella y quería escribir - si a Dios le parecía bien, claro -, su propio libro, su propia historia, hacer su propio camino, dirigir su propia vida. Que, por cierto, mucho mentarle a Dios pero el buen hombre todavía no se había dignado concederle ninguna de sus muchas peticiones, ni pequeñas ni grandes, así que se iba a ver si así, ayudándole un poquito, le concedía alguna

Así, con sus atropellados recuerdos y con el *chi qui chi* del tren producido por la tracción y el roce de sus férricas ruedas al deslizarse por los raíles y el rítmico soniquete, cual palabrería que machaconamente ofrecían los dos hombres mayores, quedó adormilada:

- Es lo que te digo, Pascual, el ganado este año no vale nada, no rinde nada, vamos, que si le quitas lo que te gastas en piensos, agua y gaitas, pues acabas poniéndole dinero. Y eso si no tienes que sacrificar alguna enferma que si es así ¡Uf! ...¡No sé a dónde vamos a ir parar!
- Y que lo digas Matías. Ya ves que yo vendí el otro día 5 cabezas ¿Y cuánto crees que saqué? Una miseria, Matías, una miseria. Al final tendremos que

hacer todos la maleta, como ya la han hecho la mayoría, sobre todo la gente joven.

- Ya, pero ellos son jóvenes, Pascual, ellos son jóvenes. Más tú y yo... buf.
- Malos tiempos, Matías, malos tiempos.

Esta verborrea, amodorra a cualquiera. Porque, es cierto, nuestros dos viajeros tenían mucho de qué hablar: el campo y la ganadería que siempre han sido oficios duros y, en cualquier caso, hoy esto se nota más, parece que ya no es lo que era. Y eso considerando que nunca fue un buen negocio por lo que habrá que concluir que ahora es una ruina. Los pequeños agricultores apenas llegan a generar lo suficiente para subsistir por lo que se tienen que ayudar de trabajos a terceros, si los hay, claro, para vivir modestamente.

Como iba diciendo, nuestra viajera con estos ingredientes, tanto el vaivén del tren como la charla de los dos viajeros, cayó en el sopor. El tercero, nada, no se enteraba de nada. El tren seguía con su monótono traqueteo consumiendo kilómetros de vía y pasadas las dos de la madrugada ¿o quizá las tres? el tren, esa máquina bruja, con su chirrido característico de frenado y como fondo musical la voz proveniente de los altavoces de una estación intermedia anunciando su inminente entrada y salida, ese tren brujo, digo, llegó a una ignorada estación perdida en la noche.

¡Ahhhh! ... ¿dónde estamos? ¡Uff vaya dormida! Bueno ¡qué más da! si hasta mañana por la mañana no creo lleguemos a destino porque es lo que yo, voy hasta el final del recorrido.

El ruido y el trasiego que se produce en cualquier parada de tren, con subidas, bajadas, movimiento de equipajes, curiosos, etc., hizo que los adormilados viajeros despertasen y se dedicaran a observar las bajadas de los que llegan a destino y los nuevos pasajeros que suben a incorporarse a la aventura.

Si los ojos de nuestra viajera estaban lo suficientemente despiertos y observó con detenimiento, pudo ver que bajaron una mujer alta y rubia de unos cuarenta años con un niño en sus brazos seguida de un señor con una cara de pocos amigos, quizá por la hora o cansancio, otras dos señoras jóvenes y una bastante más mayor, casi anciana, así como los dos compañeros charlatanes del departamento en el que dormitaba nuestra aventurera joven.

- Adiós señorita, adiós caballero. ¡Que tengan buen viaje!, fue la despedida de los dos educados ganaderos.
- ¡Que Uds. lo pasen bien!
- ¿Y ahora qué? Bien. ¡Ya salimos! Más, ¿no sube nadie a este departamento? ¡Pues mejor!, se dijo nuestra valiente damisela.
- Parece que vamos a continuar solos, se atrevió a decir ella.
- Sí, eso parece, contestó el adormilado viajero.
- ¿Te importa si extendo el asiento para ir más cómoda?
- Mejor extendamos los dos y así podemos tumbarnos a echar un sueñecito, asintió el joven caballero.
- ¡Vale!, voy a seguir durmiendo pues me han despertado en lo mejor del sueño. ¡Ahhh!. ¡Que a gusto se está ahora!
- ¡Qué descansas!



- Gracias.
- ...ZZZ
- ¿Qué haces? te vas a dormir ¿o qué?
- Pues casi mejor ¿o qué?, ya que me he desvelado. Eres muy guapa, lo sabes ¿verdad?
- ¡Anda déjame dormir!
- No si yo te dejo. Ven, échate en mi brazo y así te sirve de almohada, que descansarás mejor.
- Gracias. ¡Ah, que a gusto se está!
- ...ZZZZZZZZ
- *Chi qui chi, chi qui chi, chi qui chi, ...*
- Pero ¿Qué haces otra vez?... ¡Oh, oh! Disculpe, si sois un príncipe, mi príncipe... Es que yo... usted... Pero ¿qué hacéis? ¿a dónde me lleváis?
- ¡Sssh, calla y llénate de emociones! Sólo te acaricio para que duermas mejor y para llevarte por el reino de las sensaciones. ¡Qué pelo más suave tienes! Ven, recuéstate en mí. ¿Estás bien así? ¿Te sientes bien?
- Es que..., no sé qué me pasa...tú...digo usted, esto... alteza o lo que se diga... ¿qué es eso qué... ¡oh, ésta carroza!... los caballos? ¡Oh, sí, síii....! Estoy bien. ¡Muy bien!
- Me alegro. Yo también. Sigamos así mientras te cuento, mejor, te susurro una bella historia que nos llevará al final de la dicha y a nuestro destino.
- ¡Ohhh! Pero ¿adónde vamos? ¡Ahh! Que agradable sensación, el movimiento de la carroza tan bonita que llena de caricias, el resoplar de los caballos... ¡Ohh! ¡ahh! ¡las estrellas! Veo las estrellas también... ¡ahh!

La carroza del sueño y las sensaciones avanzaba tirada por seis briosos corceles blancos y toda ella relucía con un dorado y brillante color por la impregnación en oro y marfil de todas sus partes, pues hasta sus ruedas parecían de oro, a la par que nuestra princesita por un día lucía unas galas imposibles de describir pues las telas parecían tejidas en otro mundo no terrenal, parecían que las mismas nubes, el sol y el cielo azulado, con un toque misterioso aportado por la luna, habían fundido un tejido único y apropiado para un viaje de ensueño. Y para resaltar aún más el más maravilloso de los viajes, el sendero por el que se deslizaba la carroza, la carroza en sí misma que llegaba con una suavidad ondulante al lecho de los sentidos, transcurría entre un vergel de naranjos y limoneros que impregnaban todos los poros de la piel y hasta del interior de un intenso y fresco olor a azahar al que se mezclaban los miles de aromas provenientes de los primorosos jardines que se dibujaban en todas direcciones donde crecían, aunque parezca mentira, desde húmedos helechos a desérticos cactus, llenándose todo con miles de rosas, fresias, alhelíes, narcisos, pensamientos, lirios, malvas, amapolas, nenúfares, peonías, vincas, geranios, verbenas, etc., mientras que árboles y plantas completaban la aromatización ambiental, con sus tilos, magnolios, mimosas, adelfas, pinos, acebos, palmeras que hacían batalla común con hiedras, tréboles, pasionarias, madreselvas, etc., tratando todos ellos de acercarse al espacio reservado a los frutales donde los manzanos, cerezos, melocotoneros, avellanos, almendros, higueras, nogales, membrilleros y otros compartían espacio con plantas silvestres de exquisito fruto como las moras, las frambuesas o las fresas, sin olvidar aquellas que tanto bien hacen a la salud como la melisa, la lavanda, la menta, la valeriana, el romero, el áloe, los hinojos,

el acónito, el malvavisco, la artemisa, la caléndula, el laurel, el eucalipto, etc. etc. En verdad, un paraíso terrenal.

- Pues verás, querida niña. En el reino de las sensaciones sólo se vive para sentir, es obvio, por lo que ni las grandezas ni las miserias terrenales tienen cabida. Ni la riqueza da placer, en el plano íntimo de la palabra, ni la miseria te produce o te exime del mismo. En mi reino, que ahora es el tuyo, la felicidad de un momento puede ser suficiente para llenar toda una vida. No importa lo que ocurra más tarde o la carga de infortunios que arrastres hasta ese momento. Un momento de placer puede redimirte de todo y dar sentido a tu vida. Y ese placer, esa felicidad, a veces la encontramos en los lugares o con las personas que menos esperamos. Puede ser en una poesía ...

*Porque si lees poesía  
Tú sabrás maravillarte,  
Muy querida amiga mía,*

*Separarás de lo horrible,  
Todo lo bello que existe  
Ya que esto es posible*

*Y si libre reflexionas,  
Encontrarás la manera  
De evitar preocupaciones*

*Todo lo da la poesía  
¡Tómala!  
Es tan tuya, como mía*

- ¡Ahh! La poesía... ¡sí! síiiiiii.
- Puede ser también, querida, una caricia del viento, de la brisa marina, de los labios amorosos de una madre, de las sensibles yemas de los dedos en el amor, de un beso apasionado, del ...
- ¡Oh! Las caricias, los besos... Ummmmm
- También está la palabra, mi querida niña, la palabra nos transporta a lugares únicos a través de los libros y el relato, a través de juglares y trovadores, a través de la música y el teatro, a través del susurro y las confesiones, a través del verso y de la prosa que, en insinuantes palabras y frases, nos acercan al reino de lo infinito. La palabra es amor, amada mía. Aunque también ¡ojo con ella! puede ser de rencor y odio. Pero eso, no ocurre en mi reino, no existe otra cosa que no sea el amor, el placer y las sensaciones.
- ¡Síii! El amor, las sensaciones... ¡siiiigüe.....! ¡Qué bien habláis! ¡Ohh, lo que hacéis!
- Si, chiquilla, existen tantas y tantas formas de sentir el placer y las sensaciones, de vivir la felicidad y desterrar de uno la tristeza que, a poco que lo pienses, siempre se encuentra algún elemento humano o material sobre el que pivotar nuestra vida y llenarla de momentos felices. Pero en lo

más alto de la felicidad y las sensaciones está el placer del amor carnal, el de dos personas que se entregan a sí mismas, a su otro yo. Porque esa penetración íntima en el yo del otro nos hace vivir doblemente nuestra condición de género, pues a la vez somos macho/hembra, hembra/macho sintiendo y viviendo como un solo ser. En esa entrega se saborea todo un mundo de sensaciones. Es como comer del otro/a, (al otro/a) los más dulces manjares, únicos e inimitables. Y el beber de sus labios, de su cuerpo, la ambrosía y las más frescas mieles de su yo, eso es algo que no tiene igual en el plano terrenal.

- Comed... bebed..., si..... ¡ohhhhhh!
- ¡Síiiii! ¡Ahhh! Es una caricia para los sentidos, hermosa niña, la mayor caricia, ¡ahhh! ¿Quieres que te cuentes más cosas?
- Síiiii.....más, mááás...
- Si querida, te contaré muchas más cosas, te llenaré felicidad y de sensaciones, te subiré tan alto que ya nunca querrás bajar de la nebulosa de la felicidad y la fantasía, pero ahora tienes que descansar, hay que descansar pues nos espera un recorrido muy largo y dichoso por mi reino, el reino de los sentidos. ¡Anda! ¡duérmete y sueña con los angelitos!
- uhhh... Sí... dormir... soñar. Pero mañana... Me contarás más cosas mañana ¿verdad que sí?
- Espera a que llegue el día, mujer. No seas impaciente. Anda duérmete ya.
- Ya me duermo. Y soñaré, seguro.
- ...ZZZZ...

Y soñó (o siguió soñando) con su apuesto príncipe, viajes de lujo en imponentes trasatlánticos, ciudades maravillosas, oro y joyas, reyes y reinas, vestidos fastuosos, opíparos banquetes servidos en mesas increíbles ¡con flores y todo! y vajilla de plata. Soñó con un mundo de fantasía donde todo era posible, donde los bosques eran auténticos jardines y los animales se tornaban en compañeros y amigos que daban calidad de vida al entorno. Soñó con ríos y lagos no contaminados donde los peces, aves y humanos jugaban y disfrutaban con un agua cristalina que alimentaba el alma. Soñó con lugares donde el respeto y la educación eran las más preciadas normas de conducta y en las que los sonidos que se escuchaban sólo eran... música. Soñó y soñó. ¡Oh! ¡Oh!, cuántas cosas maravillosas hay en la vida y...

- ¡Alfonsa!, ¡Alfonsa! ¡Despierta leñe!
- ¡Quéééé!
- ¡Que despiertes ya!, que estás todo el día en las nubes y hay que ir a recoger las patatas antes de que se maleen.
- ¡Quéééé! ¡Pero maaadre! ¿Usted...?
- ¡Pero hija! ¿Qué te pasa? ¡Parece que has visto a un fantasma!
- Pero... ¿dónde está...? ¿Dónde estoy...?
- Cada día estás más tonta, hija. ¡Anda vamos!, que se hace tarde.
- ... (¿) ...
- ¡Me cago en la leche! ¡Qué malvada es la mente que me hace soñar cosas maravillosas para dejarme, al final, siempre en la cruda realidad! Pero lo haré, algún día lo haré, ¡vaya si lo haré! ¿Por qué no mañana?
- ¿Qué dices? ¡Que no se te entiende nada! ¡Vamos anda!

- Nada... ¡Me cago en la leche...! No se lo cree, no, pero mañana ¡seguro!  
¡Mañana verás cómo me marcho de verdad! ¡Ya lo creo! Me iré en busca de mi príncipe y de mi nueva vida. Y te vas a quedar tú sola para recoger las patatas. ¡Vaya que sí! ¡Como me llamo Alfonsa que mañana...! ¿Alfonsa? También me cambiaré de nombre y me haré un lifting de esos y me teñiré el pelo y... bueno todo. ¡Vaya que sí!

## Parte IV

### Historias de verdad, verdaderas

¡Déjate de historias!, se suele decir para significar que nos están contando un cuento chino. Y ahí es dónde está mi confusión y por eso no sé a qué atenerme con respecto a si lo que cuento es un cuento, una historia, un relato o una fantasía sin más, pues en todos ellos hay de todo: cuento, relato, fantasía y un poco de historia. Y además que hay historias que se cuentan que si no son verdad al cien por cien nos es porque no lo sean, sino porque tú desconoces esas verdades, hablas por intuición o de oídas. Así que lo dejo en historias de verdad, verdaderas.

#### 1.- ¡Malditos zapatos nuevos!

- Mamá: ¿Tú que te vas a comprar para la boda?
- ¡Yo todo lo que tengo está bien! Si acaso..., quizá unos zapatos, pues los que tengo están un poco gastados.
- Un poco gastados dice ¡Anda y vamos a comprarte algunas cosas!

Así fue como empezó todo. O así es como empiezan los muchos *todos* que se generan en torno a la celebración de una boda. Pues, al parecer, la misma escena se repite en todas las familias colaterales de los que se van a desposar: compras de vestuario de fiesta y que no sea repetitivo con el usado en otras ocasiones anteriores; peluquería, incluyendo maquillaje, arreglos de uñas, perfumes y demás abalorios; lucimiento de joyas (sortijas, pendientes, pulseras, etc.) pues hay que procurar ganar el primer puesto en admiración, no por nada, sino por quedar por encima de las vecinas y conocidas y, en fin, una infinita y refinada gama de preparativos previos para estar a punto el gran día.

Pero esto es en lo personal, claro. Está por otra parte el tema del piso de la pareja contrayente. Hay que comprar el mejor, se pueda o no, amueblarlo y decorarlo para que sea la envidia de los últimos amigos que se casaron y de los que se casarán pronto, en fin, estar muy por encima del nivel propio y si es posible por encima del nivel de los demás, aunque en ello nos vayan largos años de hipotecas y deudas a corto plazo que no sabemos cómo vamos a pagarlas, salvo que los sufridos familiares nos echen una mano y, si pueden ser las dos, mejor. ¡Y que no nos falte el trabajo!, pues aunque pueda haber trabajos que parecen seguros, la seguridad total hoy es imposible. Así que, no faltando el trabajo, tenemos largos años de esfuerzos y carencias por delante para satisfacer nuestro placer de hoy, de estar viviendo una especie de entronización para la que - nos dicen - estamos destinados. Aunque en muchos casos, más de los que podemos observar o conocer de forma directa, este reinado de la pareja dura muy poco. Cuando no se cruza alguien en el camino separando o divorciando a los hoy radiantes esposos, hecho que cada vez sucede más frecuentemente y que se acepta con más normalidad, pues se dan cuenta *tarde* de que no hay forma de congeniar y se pasan el resto de sus días maldiciendo el “fiestorro” de la boda y la hora tonta en que ocurrió. No, no todos los casos terminan mal, no. Yo conozco al *menos* dos a los que les va la mar de bien. O al menos lo parece (o lo disimulan muy bien).

Pero volvamos a los preparativos ¡Anda mamá, vamos a comprarte unos zapatos!

- Bueno, vamos hija, pero yo no quiero gastarme mucho dinero ¿sabes?
- ¡Vale mamá! ¡Tú te gastarás lo que te tengas que gastar! ¡serás roñosa!
- ....
- ¿Te gustan estos? Pues venga, estos. ¿Cuánto le debo?
- ¡Jesús!, hija.... Yo no creí que costaran tanto unos zapatos.
- Pero mamá, si esos son los precios que hay ahora, no creas que son caros, no. ¡Hala!, vamos que tenemos que comprarte un vestido ¿Por qué no pensarás ir con zapatos nuevos y llevar un vestido viejo?
- Pero hija, si mi vestido...
- ¡Que no mamá, que tú no tienes vestido para estos zapatos, así que ¡vamos!... ¿te gusta éste?
- ....

Bueno, no quiero seguir el relato detallado, pero la vuelta a casa fue con un completo vestuario y complementos: zapatos, bolso, vestido, cinturón, collar, broche,... ¡Es lo menos que puedes comprarte!, decía *acertadamente* la buena hija que no quería ver a su madre en una boda con la ropa que había llevado en otra anterior, ya que eso da que decir a la vecindad.

Después, ya en casa, vienen las pruebas para que nos vean los demás parientes cercanos lo guapos o guapas que vamos a ir el gran día y, ése día, le llega el turno a la peluquería (a ser posible que nos venga la peluquera a casa, que eso viste más) seguida de la manicura y, en fin otra vez, todo el día de preparativos. Todo esto se acompaña con ir de visita, en su caso, a casa de la novia y del novio para ver lo guapos que se están poniendo y así seguir de cerca el acontecimiento.

Pero si todo esto le ocurre a un pariente cercano a la pareja ¡qué no les ocurrirá a los contrayentes!

Ya han dejado atrás meses y meses de ver pisos y más pisos, pues ninguno parece gustarle bastante, ninguno colma sus anhelos. Sobre todo a ella, pues ya sabemos que a ellos les da igual ocho que ochenta. Así que empiezan por unos muy bonitos y muy lujosos, pero cuando empiezan a echar números no hay forma de cuadrar éstos de ninguna manera. Y así siguen y siguen, hasta encontrar uno que, aunque muy por encima de sus posibilidades, se puede uno arriesgar y con la ayuda del cielo y de alguien más cercano en la tierra pues ¡saldremos adelante! Y ahora a amueblarlo. Vuelta a lo mismo. Y visitan una, dos, tres,... ¡qué sé yo! cuántas tiendas de muebles para, al final, tener que mandar a hacer a medida algunos, pues es que ¡no hay lo que ella quiere! Ninguno parece cuadrar con sus gustos y la casa nueva. ¡Y que se nos echa el tiempo encima! Cortinas, visillos, vajilla, cubertería, ropa de cama y mesa, plantas, decoración,... ¡la reoca! Claro y a todo esto el piso hay que limpiarlo, discutir con el constructor porque tiene algunos defectos, colocar todo y... ¿pero qué digo?, ¡ya está!, para eso están las suegras, las madres o hermanas, pues aunque tengan su trabajo, chiquillos y sus muchas tareas, siempre encontrarán tiempo para hacer de *chachas* y dejarle la casa a punto. ¡Es que los chiquillos tienen mucho que hacer, yendo por ahí a

ver muebles, tiendas y otras cosillas, además pobrecitos, tiempo tendrán ellos de *hacer su casa!* ¿Para qué están las buenas (¿o tontas?) de las madres si no? ¡Pues eso!

Pero bueno, todo tiene su fin, ya está preparado el nido. Ahora le toca el turno al vestido de novia. Claro y el del novio, que éste también va vestido. Pero el que lleva su tiempo es del de novia, porque el otro es el mismo de todo el mundo. Así que empecemos a visitar tiendas de moda en vestidos de novia, probemos uno, otro y algunos más, me gusta, no me gusta, sí pero quitándole el lazo, no pero poniéndoselo, claro pero no blanco, con cola pero un poco más corta, otra vez en fin, después de muchas probaturas, dudas, cambios de humor y de humos, se decide uno que, eso sí, habrá que ir a probárselo varias veces hasta que ¡por fin!, quedó listo para el gran día. Aquí, menos mal, casi siempre todos los complementos de zapatos, velos, etc. se gestionan en el mismo sitio. ¡Un tema menos a resolver!

Ahora vamos con las flores. Bueno, perdón por el retraso, pero la gestión de la iglesia y del salón de bodas es algo que ya se hizo hace tiempo. De hecho son éstos, los curas y los dueños de los salones de boda quienes deciden la fecha en que te tienes que casar. ¿Qué tú que pintas en todo esto? Pues tú eres el objeto en torno al cual se crea un negocio fabuloso que genera riqueza, puestos de trabajo y futuro. Todos los *intervinientes externos* en una boda son los que reciben. Los novios y allegados los que dan. Así pueden mantener su negocio los constructores de pisos, los curas, los dueños de salones, tiendas de muebles, de ropa, zapaterías, joyerías, alquiler de coches de lujo, junto a carniceros, charcuteros y demás operadores de comestibles y bebidas para satisfacer la gula de los celebrantes y acompañantes. Y los floristas porque, claro, hay que decorar la iglesia, el salón de bodas, el coche nupcial, ramo de novia, etc. Que todo tiene que estar de punta en blanco, vaya, si no ¿dónde está el negocio?

Bueno, ya estamos en las vísperas del día H. Celebremos, pues, como manda la tradición la despedida de soltero (y soltera). En la despedida de soltero, hay que hacer lo habitual: comida y mucha bebida, travesuras diversas pues se suponen que a partir del día de la boda ya se es una persona seria y, por tanto, no se podrán hacer más travesuras y, por supuesto, visita a un puticlub o invitación a unas cuantas *chicas malas* a que le den la noche al que se despide del mundo de las personas libres. También se supone, erróneamente, que esto ya no lo podrá hacer en su nueva vida de casado. Así es que, jalonado y vigilado por los amigos, empieza uno a hacer el payaso bebiendo más de la cuenta y tocándoles el culo y las tetas a las putas que nos sirven para el festín. Y los amigos se tronchan de risa y se dicen así mismos que nunca se habían divertido tanto. ¡Qué bien lo pasamos!, es la expresión del corro de “divertidores”. Mientras esto ocurre, ella hace su despedida de soltera con las amigas, recalando si llega el caso a una sala donde los boys enseñan y se dejan tocar por unos pocos billetes. ¡Qué horror!, que yo no le toco, que me da vergüenza. ¡Anda ya tonta!, ¿Tú qué crees que estará haciendo él?, es la sabia recomendación que le hacen las amigas. Además, ya no lo vas a poder hacer más, así que por una vez, no va a pasar nada. Y, en fin, se deja llevar por las ganas de cachondeo de las amigas y acaba, como él, siendo objeto de diversión para sus amigos, porque tanto ella como él están obligados a hacerlo. ¿Se divierten los novios que se van

a casar también en éstas celebraciones? Yo lo dudo, o al menos dudo que se diviertan como lo hacen sus amigos. Ellos son el objeto de la diversión y no los que deciden divertirse o escoger la forma de divertirse. Porque, quizá, y digo sólo quizá, a ellos les apeteciera hacer una despedida pero juntos, chicos y chicas, amigos y amigas y sin tener como objeto la bebida sin freno o el cachondeo del puterío. Pero las costumbres son reglas que hay que cumplir. O eso dicen.

Y ya está aquí. Ya llegó el gran día. Todo son carreras y nervios. ¡Venga vístete ya, que ya están aquí los fotógrafos! (los fotógrafos, otros que hacen su agosto aunque sea Noviembre). Vamos a las poses. Y ésta con la abuelita, y ahora con la niña pequeña, y otra con el perro, y ahora con los padres, anda hazte otra con la Sra. Paca, que a la mujer le hace ilusión, y ésta en el salón, y la otra en tu cama de soltero (que tiempo tendrás para echarla de menos), y otra más y otra, y...

Novio y novia reciben (¿sufren?) la misma o parecida sesión fotográfica. Y preparados y listos, se encaminan cada uno por su lado en dirección a la iglesia, seguidos de los amigos más bullangueros causando una descomunal riada de coches siguiendo a los esponsales y congestionando la iglesia y su entorno inmediato ante la ira de unos y el jolgorio de otros.

La iglesia, como no, cumple su trámite de darle un sello de solemnidad al acto, sobre todo cuando amenaza con aquello de *“hasta que la muerte os separe”*. Y finalizado el trámite y después de los primeros parabienes, los primeros ¡Vivan los novios! y de ser rociados con abundante arroz, otra vez se dispone el tropel para el último acto, el de la comida, cena o lo que toque, pues las celebraciones no son tales si no hay comida y bebida de por medio. Así que ¡todos al salón!

Verán ustedes: la celebración de una boda es todo un espectáculo. Lo normal es que haya mucha, muchísima gente, pues aunque la familia sea corta siempre hay muchos amigos. Esto de los muchos amigos es lo primero que yo no entiendo, pues cuando uno se encuentra en un salón de bodas no conoces ni a la mitad de los comensales. Y digo que no conoces, no en el sentido literal de la palabra, pues por lo general son conocidos de vista o parientes, sino que lo digo por el grado de afinidad que une a todas esas personas que son invitadas a la boda. Lo más normal es que te quedes en la mesa que te hayan señalado, charles con los comensales de tu mesa, grites cuando lo pide la *jauría* aquello de ¡Vivan los novios! (o los padrinos, o los padres, o la madre que los parió, pues se le dan vítores hasta al lucero del alba) y así, después de la comida, comentas que todo ha estado muy bien, magnífico, y te vas a tu casa casi sin pensar (porque si lo piensas te cabreas) que es la comida más aburrida y que más ha durado de las que sueles hacer de vez en cuando y, además, te ha costado un riñón y parte del otro. Los únicos que parecen pasarlo muy bien son aquellos amigos de correrías de la pareja (para mí, esos son los únicos importantes en éste acto, los auténticos allegados íntimamente con los esponsales además de algunos familiares muy cercanos, los demás sobran o no son necesarios). Y son éstos amigos, los íntimos, los que organizan el barullo: Desde el ¡que se besen, que se besen! .... ¡maricón, maricón! ... ¡Y vivan los



novios! Y otra vez vivan los novios, y los padrinos, y los otros, etc. Padrinos, padres y novios, atienden y dan vida al espectáculo, besándose cuando lo pide el auditorio y haciendo el paseíllo para saludar, para dejarse ver y recibir los parabienes, para iniciar el baile, para dejarse mantear y que los demás se diviertan, para soportar, en fin, su papel como actores principales en ésta representación de la felicidad suprema.

Realizan lo mejor que saben su papel como cortadores de tartas (fotos, por supuesto, que me estaba olvidando de ellas, cortando la tarta, dándole de comer al otro, besándose, manteándolos, etc.), presiden la mesa nupcial para que todos los contemplen y admiren bien, hacen, como dije, su paseíllo de salutación, se dejan mantear, se dejan cortar la corbata y la liga para recaudar fondos para la obra (y que menuda obra les queda por delante) y un largo etcétera en una repetitiva función teatral.

Y finalizada la gran noche, hay que hacer el viaje de novios. Imprescindible. Y por supuesto lo más lejos posible, que no se diga que nos hemos entretenido en ver las maravillosas ciudades que tenemos al alcance de la mano y que no conocemos. ¡Tiempo tendremos para conocer ésas y si no las visitamos nunca, pues no pasa nada! Lo importante es decir que has ido de viaje de novios ¡al otro lado del mundo! ¡Pues eso!

- ¿Sabes lo que te digo, hija? ¡Que no me vuelvo a poner estos zapatos!
- Pero ¿por qué? Si son muy bonitos.
- Pero me han destrozado los pies. ¡Tú no sabes el daño que me han hecho! ¡Y todo porque había que ir de estreno, que es que tenéis unas cosas! Con lo a gusto que habría estado yo con mis viejos y confortables zapatos y, más aún, en zapatillas en casa, porque para lo que yo me divertí, pues ...
- ¡No digas tonterías, mamá! La boda estuvo muy bien y todo el mundo lo pasó estupendamente, además qué guapos iban ellos y qué bien estuvo todo. Así que prepárate, porque pronto se casa otro pariente y tendremos que comprar más ropa y zapatos nuevos. Y no seas quejica, ¡córcholis!
- Sí hija, lo que tú digas, pero a mí me duelen los pies. ¡Malditos zapatos nuevos! Si lo sé, puedes estar segura de que no me los compro. O por lo menos, no me los pongo.

## 2.- El color de la piel

El lugar parecía sembrado de desolación, como si el tiempo se hubiera detenido después de un cataclismo terráqueo en el que nada hubiera sobrevivido y a la vista sólo quedaban restos de la otrora excelsa vitalidad que tuvimos. Pero no era así, pues la tierra seguía en plena efervescencia y derroche por doquier, excepto en lugares como éste que más bien parecía el estercolero del mundo, lugar al que solo llegan los desesperados.

Y allí, a ese lugar infesto se acercaba con pasos cansinos aquel pequeño grupo de rostros impenetrables. ¿Huían? ¿Viajaban? ... Pero, si huían ¿de qué o de quien? Y, si viajaban ¿adónde o porqué?

Quizá buscaban algo, pues sus miradas, aparentemente vacías, tenían un brillo especial que denotaba esperanza, ilusión, amor, aunque también se les notaba el cansancio que les acompañaba.

Ellas, Gema e Isabel, llevaban cada una un pequeño lío de ropa a la espalda e, Isabel, además cuidaba y cargaba con la pequeña Sabina que no tendría más allá de los siete añitos e iba dando amorosa y cansinamente su pequeña y tostada mano a su madre.

Ellos, Savio, Efrém y Jacobo, transportaban los demás enseres de la familia, bienes de gran valor para ellos pero ¿qué bienes eran aquellos, pues sólo contaban con tres estropeadas y viejas mantas, un par de sacos para dormir igual de viejos y dos o tres cacharros para preparar algo de comida, cuando había algo para preparar, cosa que no siempre ocurría pues, como alguien decía, había días malos y otros, peores.

Se pararon al remontar el enésimo montículo acercándose a un árbol medio seco rodeado de riscos, y se dejaron caer en el duro y polvoriento suelo. Jacobo, al parecer incansable cuando se trataba de procurar el bien de los demás, se puso a recoger unos troncos con que hacer fuego que les llevara un poco de calor a aquellos doloridos y desdichados personajes, personajes que parecían salidos de otro mundo más lejano en el tiempo pues, sus ropajes, raídos y desiguales, así lo denotaban.

Mientras iba preparando en forma de pira los troncos y dispuesto a encender la hoguera, Jacobo habló a los suyos de éste modo para infundir, e infundirse a sí mismo, ánimos:

Amigos: Hace ya muchas semanas que caminamos padeciendo con el calor durante el día y con el frío de la noche; con la dureza de las rocas o la suavidad húmeda de la lluvia; con el dolor, la fatiga, el hambre, ... Y lo más duro de aceptar, padeciendo la inmisericordia que nos muestran aquellos con los que nos topamos en el camino, no ya solo porque no nos presten ayuda, sino porque las más de las veces hasta no nos dejan acercarnos un poco a su mundo, ni siquiera a recoger las migajas que tiran de lo mucho que derrochan.

Sé que os preguntáis, todos nos preguntamos ¿Hasta cuándo hemos de sufrir con este trato? ¿Hasta cuándo ésta búsqueda de un lugar que nos acoja? ¿Cuándo alcanzaremos la paz? Pero sabéis tan bien como yo que la respuestas a estas preguntas están en el aire o, mejor dicho, en la Esencia que todo lo sabe. Llámese Dios o destino, él únicamente sabe cuál es el nuestro. Así que cuando lo encontremos, se nos mostrará.

Por eso, ¡no os desaniméis! ¡Arriba ese ánimo! Continuemos fuertes como hasta ahora, esperanzados y llenos de fe en nosotros mismos y pronto encontraremos la

recompensa que buscamos que no es sino paz y felicidad para compartir con todos los hombres que habitan la Tierra.

En muchos lugares, incluyendo el lugar de dónde venimos, se vive de una manera equivocada, haciendo o sufriendo la guerra, rodeados de odios, envidia, males, engaños, y villanía. Por eso lo dejamos. Porque queremos vivir en paz con todos y nuestro entorno. No queremos guerras ni injusticias. ¡Tiene que existir un lugar limpio de maldad! ¡Encontrémoslo e iniciemos una reconquista de hermandad en la Tierra!

Aunque Jacobo parecía un iluminado celestial al hacer tales proclamas, lo cierto es que sus compañeros de aventura estaban de acuerdo con él en que existiría ese lugar. O debería existir. Por eso, después de escucharle todos con atención, le contestó Gema, con estas palabras:

Sí, Jacobo, ¡encontrémoslo! Conseguiremos llegar a ese lugar y restablecer la cordura en la tierra para que nunca nadie tenga que verse sometido a más sufrimientos y penalidades, especialmente los niños que en su inocencia son los que más sufren con las desgracias. Arranquemos la unidad universal dónde todos seamos hermanos sin que el color de la piel, el acento o la cultura, la educación o religión, ni siquiera los estados establezcan fronteras que nos separen de nuestros hermanos pues eso es lo que somos todos los seres de la Tierra, hermanos, hijos de unos mismos padres ancestrales.

¡Mamá, mamá!, dijo la pequeña Sabina. Y ¿entonces yo podré jugar con todos los niños y ninguno se reirá de mí ni me dirá cosas malas por ser negra?

Cariño, contestó Isabel, su madre, el color de tu piel es lindo pues tu corazón es limpio y puro y eso es lo importante. No importa el color de la piel de nadie, sino lo que hay en su interior. Pero sí, cuando alcancemos nuestra meta todos los niños y mayores seremos iguales y podremos hacer y disfrutar de las mismas cosas sin que nadie lo vea mal ni lo prohíba.

¡Ojalá!, balbuceó Efrén, ¡ojalá! siempre fuéramos niños como tú, hija mía, con un corazoncito como el tuyo y unos sentimientos tan nobles hacia todos tus semejantes como tú los tienes. Entonces todos seríamos como uno sólo y uno siempre tendría a todos. Así deberían ser las relaciones humanas. Libres de prejuicios y barreras. Abiertas a todos sin exclusiones. Hermanadas en la pobreza y en la riqueza. Llenas de afecto y tolerancia.

Y dicho esto, y apretujándose en torno al fuego que ya les transmitía su calor, el único calor externo que recibían, y olvidándose del hambre que también les acompañaba desde hacía tiempo y, por tanto, una vez más les iba a hacer pasar la noche sin nada que llevarse a la boca (si por nada se entiende el masticar los tallos de algunas plantas silvestres recogidas en su peregrinaje, plantas que al menos les aliviaban un poco el hambre), se recostaron en los sacos y mantas tapándose como pudieron para soportar el frío nocturno y a no tardar, puesto que estaban exhaustos, se durmieron plácidamente, pensando antes, eso sí, que sí un poco de suerte les acompañara o hubiera acompañado en la vida, al levantarse por la mañana todo aquello no hubiera sido nada más que un mal sueño y no la trágica realidad con la que hasta ahora se habían encontrado en cada despertar: frío, hambre, rechazo, injusticia y desesperanza. Sí, ¡ojalá cuando se despertaran todo hubiera sido un mal sueño.

### 3.- Esto es un cuento que cuenta, cuántos cuentos nos cuentan

Estamos en los comienzos del siglo XXI y la cosa no parece que vaya a mejorar con respecto a cómo ha terminado el siglo XX, sino todo lo contrario. Y es que hemos terminado el siglo XX con estos datos estadísticos reales, que yo los titulo de la siguiente manera:

**Servicio de Estadísticas para la Conciencia** (si es que existe aunque sea a título individual porque lo que es como conciencia colectiva, parece que no)

Ref.: Últimos datos estadísticos sobre población en la Tierra (de interés (¿?) sobre todo para políticos y gentes del poder).

En los albores del siglo XXI en el gran pueblo llamado Tierra viven unos 6.000 millones de habitantes y su número va creciendo cada vez más deprisa, pues a no tardar llegaremos a los 7.000 millones y de ahí a los 10.000 millones solo hay un par de pasos. El reparto o clasificación de dicha población es el siguiente:

Para entendernos mejor (porcentualmente hablando), tenemos lo siguiente:

De cada 100 habitantes en la Tierra,

57 son asiáticos

21 son europeos

14 son americanos y

8 son africanos

52 son mujeres y 48 hombres; 30 son blancos y 70 son de color;

30 son cristianos y 70 de otras confesiones; 87 son heterosexuales y 11 homosexuales

6 (de cada 100 y todos ellos de EEUU), poseen el 59% de la riqueza total del planeta Tierra. De éstos seis, 3 tienen fortunas que superan cualquier imaginación, pues si digo que superan el millardo de dólares (y es lo cierto), les puedo asegurar que ni yo mismo sé valorar lo que significa esa cifra. Otros, por el contrario, viven con menos de un dólar al día, pues tenemos que:

- 70 son analfabetos y 50 padecen malnutrición.
- 80 han sufrido o sufren la guerra, encarcelamiento, torturas o hambre.
- 1 (sólo 1) tiene ordenador y 8 (sólo 8) tiene dinero en el banco o en efectivo.
- 25 guarda algo de comida en la nevera y tiene ropa y casa adecuada.
- 75 viven en alojamientos deficientes, o en la pobreza.
- Es decir, 1800 millones de habitantes (más o menos un 30%), viven en la pobreza, mientras que sólo poco más de 300 (si, sólo 300, un 5% del total) poseen casi el 60% de la riqueza mundial.

Del total, 14 millones de niños son refugiados políticos. Además unos 300.000 niños son obligados a luchar en guerras, mientras que otros 125 millones de niños no van a la escuela. Y de los que sí han podido al menos pisar una escuela, unos 150 millones la

dejan antes de aprender a leer. Como consecuencia de esto, más de 1.000 millones de habitantes son analfabetos. De los que van a la guerra entre los niños, la inmensa mayoría son varones, mientras que de los que no van a la escuela entre los menores, son en su inmensa mayoría, niñas. En cualquier caso y afectando a los dos sexos, unos 250 millones de niños son obligados a trabajar, algunos casi (o sin casi) como esclavos, y muchos de ellos en la prostitución.

El trabajo está mal repartido para todos, pues mientras a algunos les sobra, a otros les falta a lo largo de casi toda su vida. En las zonas más prósperas, el paro puede alcanzar el 10% de media mientras que en las de más pobreza, más del 50% de la población no tiene trabajo. Y en algunos casos (demasiados) muchos trabajan como esclavos.

La región africana es la de mayor pobreza en la Tierra seguida de América latina. En ambos casos las desigualdades sociales, la diferencia entre ricos y pobres es extrema.

Las enfermedades dejan cada año 1 millón de muertos por malaria y otros 4 millones más debido al placer (¿?) del tabaco. Otros “placeres” como drogas, bebida, sexo sin control (SIDA), etc., dejan en la cuneta a algunos millones más de muertos.

Y los accidentes de todo tipo y otras enfermedades como el cáncer, los atentados terroristas, las guerras, etc., dejan al año muchos miles de muertos más, muertes que se podían haber evitado con una actitud más responsable.

Cada año se incorporan unos 100 millones de nuevos habitantes al planeta Tierra, al tiempo que desaparecen unos 30 millones de especies animales o plantas debido, entre otras cosas, a que unos 5 millones de has. de terreno son arrasadas por el fuego cada año, las más de las veces provocadas por la avaricia e intención lucrativa del hombre.

Por otra parte, la corrupción está generalizada alcanzando en muchos países de los llamados avanzados entre el 15 y el 30% y porcentajes aún más altos en los países pobres. El dinero negro que se mueve se estima que está entre un 20 y un 30% del total circulante.

Entre los corruptos y corruptores así como evasores de impuestos, se encuentran de forma destacada los políticos, seguidos de las empresas grandes y algunos de sus dirigentes de alto nivel, incluyendo jueces que participan en dichos chanchullos, y también ¡cómo no!, élites del deporte, mafias e incluso la iglesia o sus próceres, y todo aquel (aunque hay muy honrosas excepciones) que tiene acceso al poder y el dinero. Las comisiones por obras o servicios, el trabajo ficticio, el tráfico de armas, el tráfico de drogas, la prostitución forzada, etc., son en su mayoría los medios que se usan para estas corruptelas.

### **Comentario a éste último texto**

Aunque el título dice que esto es un cuento que cuenta..., etc., de cuento no tiene nada, sino que es la pura realidad. Y he querido terminar con esta desgraciada y triste realidad, para mostrar la facilidad con la que nos evadimos de la cruel realidad que nos rodea, contando cuentos o inventando historias increíbles, sin apelar a ésa mínima conciencia que todo humano debería tener para enfrentarse a la situación de emergencia que se vive por millones de personas, que son nuestros hermanos lo queramos o no, a

los que somos incapaces por nuestra avaricia y egoísmo innato, de echarles una mano y de compartir con ellos algo de lo “nuestro” (y sí, lo entrecomillo porque ¿qué es eso de lo nuestro?). Y así el mundo está como está, por el egoísmo y la avaricia del hombre, ése animal incalificable por cruel, sanguinario y predador, entre el resto de los animales.

Y ahora sí que puedo decir lo de “y colorín colorado, este cuento se ha acabado”. Y no es que no tenga más cuento, que lo tengo, lo que no tengo son ganas de meterle más cuento a la cosa pues para cuentos, los que nos cuentan los políticos, que esos sí que son unos redomados cuentistas.